ALQUIMIA

Tradición que no murió



Dr. Encausse (Papus)

CAPITULO I

EL OCULTISMO Y LA ALQUIMIA

Corrientemente, suele opinarse que la Alquimia es un arte mendaz, cuyo propósito es fabricar oro de manera artificial, y que en la Edad Media ha llevado a mucha gente crédula a la ruina.

En primer lugar se nos plantea una cuestión y ésta consiste en saber cómo hay que considerar a la Alquimia desde el punto de la vista de la Ciencia Oculta.

Para ello, haremos caso omiso de aquellos comentarios y declaraciones, relacionados con la Alquimia, que aparecen en ciertas Enciclopedias de la actualidad, y nos referiremos únicamente a aquellos que consideran a los alquimistas como *maestros* en su ciencia.

Por ejemplo, tomemos la obra de Raimundo Lulio. ¿Qué encontramos en ella?

Nada más que las reglas de este arte especial, considerado como la única preocupación de los alquimistas.

En efecto, en todo escrito serio, en el que se haga referencia a la filosofía hermética, encontraremos lo siguiente:

1. **Una filosofía profunda que sirve de base a una síntesis natural, la cual tiene, como punto de partida, la teoría de la evolución expuesta hasta sus últimas consecuencias, y la teoría de la unidad de la sustancia y del plan. (Por ende, el axioma alquímico que dice: "Todo está en todo").**
2. **Una criteriosa aplicación de los principios de la Cábala hebrea, vinculados con la tradición egipcia y gnóstica.**
3. **Numerosas prácticas de carácter físico, químico y biológico que apoyan esas teorías.**

Por tales circunstancias, cuando lo único que se quiere ver en la Alquimia son prácticas de naturaleza química, lo que se hace es mutilar, de manera por demás indigna, una enseñanza completa en la cual su práctica llega a justificar su teoría científica.

Un alquimista de verdad era, pues, al mismo tiempo, médico, astrónomo y astrólogo, filósofo, cabalista y químico. Asimismo, los estudios eran muy serios y prolongados, y eran transmitidos, mediante iniciación, por el maestro a uno o dos discípulos dilectos, ocultándolos cuidadosamente a los profanos.

Junto con aquellos sabios –verdaderos filósofos herméticos- aparecen los charlatanes ignorantes cuyo único propósito consistía en adquirir riquezas materiales. Lo único que éstos hicieron siempre fue desacreditar a la Alquimia. Por ello, varios millares de tomos escritos en francés, que se hallan en nuestras bibliotecas bajo el rubro de "Filosofía Hermética" abarcan lo siguiente:

1. **Tratados de historia natural:**
2. **Tratados de física y química corrientes;**
3. **Tratados de Alquimia propiamente dicha, o de preparación de la Piedra filosofal;**
4. **Tratados de filosofía y Cábala, o de astrología;**
5. **Especies de enciclopedias, las cuales son un conglomerado de todos los géneros.**

Esta observación permite comprobar que la tradición esotérica se halla representada, en todas sus ramas, por la Filosofía Hermética.

Cómo se produjo el paso de esta tradición desde Egipto hacia Occidente. Esto es lo que vamos a ver.

El estudio de quienes son depositarios del Esoterismo nos permitió comprobar que los esenios por una parte, y los gnósticos por la otra, fueron los únicos que guardaron las claves de la Ciencia Oculta.

Los esenios, asentados en Palestina, apartados de toda actividad política, fundaron muchas sociedades secretas.

En cambio, los gnósticos procuraron difundir sus enseñanzas por doquier. Tras la libertad concedida a las facultades regionales para que divulgaran las enseñanzas esotéricas, fueron escritos muchos tratados concernientes a las prácticas de la Ciencia Oculta según las tradiciones de la Universidad egipcia propiamente dicha.

Estos tratados, cuya redacción se remonta efectivamente hacia el siglo II de nuestra era, solo tenían como finalidad fundamentar la retentiva y propender a la transmisión oral. Había dos grandes clases de tratados:

1. **Los que se ocupaban del mundo invisible, del alma y sus poderes, o sea de la *Psicurgia* y**
2. **Los que se ocupaban de la aplicación de los poderes del alma a la Naturaleza, o sea, de la *Teurgia* y la *Alquimia.***

De los primeros, que son principalmente filosóficos, poseemos algunos fragmentos, de cuya traducción se ocupó enteramente el estudioso Louis Ménard.[1] De los segundos, poseemos una enorme cantidad de tratados a los que puede denominarse propiamente obras de Alquimia.

Se cree, de manera general y coincidente, que la parte práctica del Ocultismo llegó a Europa por medio de los árabes. Estos últimos introdujeron en Europa las ciencias (que ellos habían recibido de los gnósticos que quedaban en Egipto) mucho tiempo después de predicarse la Gnosis en Europa.

Ahora bien, la Gnosis abarcaba una parte mágica. Recuérdense los milagros de Apolunio de Tiana, de Simón el Mago y de otros gnósticos célebres, y se descubrirá

[1] Hermès Trismégiste, de Louis Ménard, un tomo.

el verdadero origen de esta Filosofía Hermética (origen éste que, a primera vista, parece tan nebuloso).

La Alquimia representa, pues, la vía de transmisión de la Ciencia Oculta a través de Occidente. Por esta razón, ahora nos ocuparemos de los trabajos y teorías de quienes se titulan "hijos de Hermes". A continuación, y de manera sucesiva, veremos lo siguiente:

1. **El propósito exotérico de los alquimistas. La Piedra Filosofal. Su realidad y lo que se puede decir acerca del cómo prepararla.**
2. **Los textos sobre los cuales los alquimistas basan sus opiniones filosóficas. La Tabla de Esmeralda y sus aplicaciones.**
3. **La explicación de las historias simbólicas que es posible hallar en los textos de Alquimia.**
4. **Como ejemplo de estas aplicaciones, haremos extensos comentarios sobre la preparación de la Piedra Filosofal, según un texto de estilo simbólico, del siglo XIX, perteneciente a Cyliani (hacia el año 1837).**
5. **Finalmente, nos referiremos a la Alquimia de nuestra época y a sus actuales cultores.**

CAPITULO II

¿QUÉ ES LA PIEDRA FILOSOFAL?

¿Qué se entiende como tal? Esta cuestión, a pesar de ser tan sencilla a simple vista, es bastante difícil de resolver. Recurramos a diccionarios serios y leamos las ponderadas recopilaciones efectuadas por unos pocos "sabios" que se dignaron tratar este tema.

La conclusión es bastante fácil de plantear.

Piedra Filosofal, transmutación de metales
igual a
Ignorancia, Engaño y Locura.

Como resultado de esto, si reflexionamos que, en suma, para hablar de *paños*, más vale recurrir a quien los comercia que a un doctor en literatura, tal vez se nos ocurra establecer qué es lo que piensan los alquimistas acerca de la cuestión que nos ocupa.

Ahora bien, en medio de las consentidas oscuridades y de los numerosos símbolos que llenan sus tratados, hay un punto en el que todos están de acuerdo: el que se refiere a la definición y a las cualidades de la Piedra Filosofal.

La Piedra Filosofal perfecta es un polvo rojo que tiene la propiedad de transformar todas las impurezas de la Naturaleza.

Generalmente se cree que dicha Piedra sólo puede servir, según los alquimistas, para transformar al plomo o al mercurio en oro. Este es un error. La teoría alquímica deriva de fuentes demasiado especulativas como para localizar de esta manera sus efectos. Puesto que la evolución es una de las grandes leyes de la Naturaleza, tal como el Hermetismo lo enseña hace muchos años, la Piedra Filosofal hace *evolucionar* rápidamente aquello que las formas naturales tardan largos años en producir y, por esta razón, los adeptos dicen que ella actúa tanto sobre los reinos vegetal y animal como sobre el mineral, y bien se la puede denominar *medicina de los tres reinos*.

La Piedra Filosofal es un polvo que puede adoptar muchos colores diferentes, según sea su grado de perfección, pero que, en la práctica, solo posee dos: el blanco o el rojo.

La verdadera Piedra Filosofal es *roja*. Este polvo rojo posee tres virtudes:

1. **Transforma en oro el mercurio o el plomo en fusión, sobre los cuales se deposita una pulgarada. (Digo en *oro*, y no "en un metal" que se le aproxime más o menos, como lo ha creído, ignoro por qué, un sabio contemporáneo)[2]**

[2] Marcellin Pierre Eugène erthelot.

2. **Constituye un enérgico depurativo de la sangre y, cuando se la ingiere, cura cualquier enfermedad; y**
3. **También actúa sobre las plantas, y las hace crecer, madurar y dar frutos en unas horas.**

Estos tres puntos parecerán muy fabulosos a muchas personas, pero todos los alquimistas se hallan de acuerdo en esto.

Además, basta reflexionar para advertir que estas tres propiedades constituyen una sola: fortalecimiento de la vitalidad.

La Piedra Filosofal es pues, sencillamente, energía Vital condensada[3] en una pequeña cantidad de materia. Actúa sobre el cuerpo con el que toma contacto como si fuera levadura. Es suficiente un poco de levadura para que una masa de pan se "*eleve*" y agrande. De igual manera, basta un poco de Piedra Filosofal para hacer crecer la vida contenida en cualquier materia, ya sea mineral, vegetal o animal. Por esta razón, los alquimistas denominan a su Piedra: medicina de los tres reinos.

Ahora sabemos bastante sobre qué es esta Piedra Filosofal. Así podremos entender su descripción en un relato de carácter simbólico, y allí deberán tener un límite nuestras ambiciones.

[3] Cfr. *Traité Méthodique de Science Occulte*, del autor.

CAPITULO III

LA FABRICACION DE LA PIEDRA FILOSOFAL Y SUS DISTINTOS COLORES

Veamos ahora cómo se fabrica la Piedra Filosofal.

He aquí cuáles son las operaciones esenciales.

Extraer el mercurio común y corriente un fermento especial, al que los alquimistas denominan *Mercurio de los filósofos*.

Hacer actuar este fermento sobre la plata, a fin de obtener, igualmente, un fermento.

Hacer actuar el fermento del mercurio sobre el oro, a fin de obtener también, el fermento.

Combinar el fermento que se obtuvo del oro con el fermento que se obtuvo de la plata y el fermento mercurial en un matraz de vidrio verde, muy sólido y de forma oval, tapar herméticamente este matraz y ponerlo a cocer en un horno especial, al que los alquimistas llaman *atanor*. Lo único que diferencia al atanor de los demás hornos es que, por su estructura, permite alentar durante muy largo tiempo y de una manera especial la antedicha combinación, ahora de forma oval.

Es entonces (durante esta cocción), y solo entonces cuando se producen ciertos colores sobre los cuales se basan todos los comentarios alquímicos.

La materia que ese "huevo" contiene se torna primeramente negra y se petrifica en su totalidad. A este estado se lo designa con el nombre de *cabeza de cuerpo*.

De repente, a continuación de este color negro se presenta un color brillante. Este pasaje, del negro al blanco, de la oscuridad a la luz, es una excelente piedra de toque para reconocer una historia simbólica que trata sobre la Alquimia. La materia así "fijada" sirve para transmutar los metales impuros (plomo o mercurio) en plata.

Si se mantiene el fuego, entonces se ve cómo ese color blanco desaparece poco a poco; la materia adquiere diversas tonalidades, desde los colores inferiores del espectro (azul, verde) hasta los colores superiores (amarillo, anaranjado), y finalmente llega al color rojo rubí. Entonces la Piedra Filosofal está casi terminada.

Dije "casi" terminada, pues, en este estado, *diez gramos* de Piedra Filosofal no transmutan más de *veinte gramos* de metal.

A fin de perfeccionar la Piedra, hay que introducirla en un matraz con un poco de Mercurio de los filósofos, y empezar a calentarlo.

La operación original, que requirió un año, ahora no exige más de tres meses. Entonces, los colores reaparecen en el mismo orden que la primera vez.

En este estado, la Piedra transmuta en oro *diez veces su peso*.

Hay que recomenzar la operación. Esta vez dura solamente un mes, y la Piedra transmuta *mil veces* su peso de metal.

Por último, se realiza la operación final y se obtiene la verdadera Piedra Filosofal perfecta, la cual transmuta diez mil veces su peso de metal en oro puro.

Estas operaciones se designan con el nombre de *multiplicación de la Piedra*.

CAPITULO IV

UNA EXPLICACION SOBRE TEXTOS ALQUÍMICOS

Cuando se lee un texto escrito por un alquimista, es preciso establecer a qué operación se está refiriendo:

1. **Si habla sobre la fabricación del Mercurio de los filósofos, entonces, con seguridad, resultará ininteligible para el profano.**
2. **Si habla de la fabricación de la Piedra propiamente dicha, entonces el alquimista hablará con claridad.**
3. **Si se refiere a la multiplicación, entonces será absolutamente claro. En posesión de estos datos, el lector puede consultar la obra de Guillaume Louis Figuier, titulada *la Alquimia y los alquimistas*, y si no le disgusta lo festivo, leer las primeras cincuenta páginas. Entonces, le será fácil descifrar el sentido de los relatos simbólicos que resultan tan oscuros para dicho autor y que le hacen aventurar en tan graciosas explicaciones.**

Viene a cuento, como prueba de ello, el siguiente relato que él considera un galimatías:

"Hay que empezar al ponerse el sol, mientras el marido Rojo y la esposa Blanca se unen en el espíritu de la vida para vivir en el amor y la tranquilidad, en la proporción exacta del agua y de la tierra".

He aquí su interpretación:

Se ponen en el matraz, de forma oval, dos fermentos, a saber, el activo o Rojo y el pasivo o Blanco.

También leemos lo siguiente:

"Adelántate desde el Occidente, a través de las tinieblas, hacia el Septentrión".

Esta es la interpretación:

Los diversos grados del fuego.

También nos encontramos con esto:

"Altera y disuelve al marido entre el invierno y la primavera, transforma el agua en una tierra negra, y elévate a través de los variados colores hacia el Oriente, en el cual se muestra la Luna Llena. Después del Purgatorio, aparece el sol blanco y radiante."

La interpretación es:

Cabeza de cuerpo, colores de la Obra.

Cuando estudiemos un relato simbólico, deberemos buscar siempre el sentido hermético oculto que aquí casi seguramente encierra.

Puesto que la Naturaleza es idéntica por doquier, el mismo relato, que exprese los misterios de la Gran Obra, podrá significar igualmente el curso del Sol (mitos solares) o la vida de un héroe fabuloso.

Solamente el iniciado se hallará, pues, en condiciones de captar el *tercer sentido* (hermético) de los mitos de la antigüedad[4], mientras que el sabio solo verá en ellos los *sentidos primero y segundo* (físico y natural, curso del Sol, Zodíaco, etc.) y el lego comprenderá únicamente el *primer sentido* (el relato relacionado con el héroe).

Desde este punto de vista, son célebres, entre los alquimistas, las aventuras de Venus, Vulcano y Marte.[5]

De acuerdo con todo lo dicho, es dable apreciar que, para preparar la Piedra Filosofal, hay que tener tiempo y paciencia.

Hablando en términos alquímicos, quien no haya eliminado de sí mismo el deseo[6] del oro, jamás será rico. Para convencerse de esto, basta leer las biografías de dos alquimistas del siglo XIX: Cyliani[7] y Louis Paul François Cambriel[8].

En su aspecto físico, la Piedra Filosofal será, pues, un polvo rojo de consistencia bastante parecida a la del cloruro de oro, y su olor es el de sal marina calcinada.

En su aspecto químico, se trata simplemente de un incremento de la densidad, si se admite la unidad de la materia, idea ésta que cuenta con considerable apoyo por parte de los filósofos químicos contemporáneos.

Efectivamente, el problema que hay que resolver consiste en transformar un cuerpo cuya densidad es de 13,6, como lo es el mercurio, en un cuerpo cuya densidad es de 19,5, como lo es el oro.

¿Esta hipótesis de la *transmutación* discrepa con los más recientes informes de la química?

Esto es lo que ahora trataremos de explicar.

---

[4] *Fastes initiatiques, La Maçonerie occulte*, de Joseph Marie Ragon.
[5] Id. ant.
[6] Ver el admirable tratado titulado *Luz en el sendero*, de Mabel Collins, Editorial Kier.
[7] *Hermes develado*, ver al final de este estudio.
[8] *Curso de alquimia en 19 lecciones*.

CAPITULO V

LA QUÍMICA MODERNA Y LA PIEDRA FILOSOFAL

Son dos los químicos que, en nuestra época, impulsaron sus investigaciones por el oscuro campo de la Alquimia.

Uno de ellos es Guillaume Louis Figuier quien, hacia 1853, publicó *La Alquimia y los Alquimistas,* obra de la que ya tendremos ocasión de hablar. El otro es el profesor Marcelin Pierre Eugène Berthelot, miembro del Instituto, quien dio a conocer, en 1885, *Los Orígenes de la Alquimia.*

Estos dos sabios de la ciencia oficial, especialmente el último, tienen autoridad en esta materia y su opinión merece ser escuchada por toda persona criteriosa.

Ambos consideran que tanto la Alquimia como lo que ésta propone son bellos sueños, dignos de épocas pasadas, y niegan formalmente la existencia de la Piedra Filosofal (aunque Figuier prueba, sin saberlo, la existencia de aquélla). Sin embargo, declaran que, *científicamente,* la cuestión no puede ser negada *a priori*.

Es Figuier quien dice:

"En el estado actual de nuestros conocimientos, no se puede probar de manera absolutamente rigurosa que la transmutación de los metales sea imposible. Algunas circunstancias se oponen a que el punto de vista alquímico sea rechazado como un absurdo en contradicción con los hechos".

En muchos países de su libro, Berthelot muestra que, lejos de oponerse a la química contemporánea, la teoría de los alquimistas tiende, en cambio, a reemplazar hoy en día lo que antes se pensaba de esa filosofía.

He aquí algunos párrafos que abonan esta opinión:

"A través de las explicaciones de carácter místico y de los símbolos con los que los alquimistas se envuelven, podemos entrever las teorías esenciales de su filosofía.

Esas teorías se reducen, en suma, a una pequeña cantidad de ideas claras y plausibles, algunas de las cuales ofrecen una analogía ajena a los conceptos de nuestro tiempo".

También dice:

"¿Por qué no podríamos formar el azufre con el oxígeno o formar el selenio y el teluro con el azufre, mediante convenientes procedimientos de condensación? ¿Por qué el teluro y el selenio no podrían convertirse, de manera inversa, en azufre, y éste, a su vez, metamorfosearse en oxígeno? En efecto, nada se opone a esto *a priori*."

Y concluye diciendo:

“Lo repito nada puede afirmarse, con seguridad, en el sentido de que la fabricación de cuerpos simples sea imposible *a priori*…”

Todo esto muestra suficientemente que la Piedra Filosofal no es algo fatalmente imposible, según el criterio de sabios contemporáneos.

Lo que ahora debemos averiguar es si tenemos pruebas positivas de que la Piedra Filosofal existe.

CAPITULO VI

LA PIEDRA FILOSOFAL: PRUEBAS DE SU EXISTENCIA

Afirmamos que hay pruebas irrefutables de que la Piedra Filosofal existe, y pasaremos a exponer los hechos sobre los cuales basamos nuestras convicciones.

Hemos dicho los *hechos*, pues lo que se demuestra mediante razonamientos más o menos sólidos puede considerarse absolutamente serio. En el campo de la historia, lo que se afirma suele ser fácil de comprobar en esta época y, por ello, verdaderamente irrefutable. Ahora vamos a exponer los argumentos invocados por los adversarios de la Alquimia contra la transmutación; éstos son *hechos* que, por sí solos, podrán refutar victoriosamente cada una de esas objeciones.

Correspondió al mayor de los hermanos Geoffroy encargarse, en 1772, de efectuar el proceso de los alquimistas ante la Academia. Si damos crédito al memorial que él presentó, los numerosos casos de transmutación, sobre los cuales los adeptos basan su fe, se pueden explicar fácilmente como supercherías, filósofos irreprochables, como Paracelso y Raimundo Lulio, dejan de lado, por un momento, las especulaciones abstractas para efectuar astutos escamoteos ante personas crédulamente embobadas. Sin embargo, analicemos los medios para engañar de los que ellos disponían, y procuremos establecer condiciones experimentales que anulen tales argumentos.

Según Geoffroy, los alquimistas se valen de los siguientes elementos para engañar a los asistentes:

1. ***Crisoles de doble fondo*.**
2. ***Carbones (o varitas huecas), previamente rellenadas con oro en polvo*; y**
3. ***Reacciones químicas desconocidas en ese entonces, y conocidas perfectamente hoy en día.***

A fin de que se concrete una de estas condiciones, es necesario que el alquimista esté presente en la operación o que haya tomado contacto, de antemano, con los instrumentos empleados.

Por lo tanto, la condición primera e imprescindible, para determinar experimentalmente una transmutación, consiste en que el alquimista esté ausente.

Además, será preciso que no haya tenido en sus manos objeto alguno que luego sirva para esa transmutación.

Y para responder al último argumento, es indispensable que las premisas fundamentales de la química contemporánea sean incapaces de explicar normalmente el resultado obtenido.

Para que nuestro trabajo encuentre una prueba más sólida aún, es preciso que sea el lector mismo quien pueda controlar con facilidad todo lo que sostenemos. Por

este motivo, extraeremos nuestros argumentos de una sola obra: *La Alquimia y los Alquimistas*, del ya citado Figuier.

Antes de proseguir, recordemos las condiciones más esenciales:

1. ***Ausencia del alquimista*;**
2. ***Que no haya tocado nada de lo que el operador utilice*;**
3. ***Que el hecho no pueda ser explicado por la química contemporánea*.**
   Incluso podemos agregar esta otra condición:
4. ***Que el operador no pueda ser sospechado de complicidad*.**

Abrimos el libro de Figuier, edición de 1854, capítulo III, en la página 206. Allí no encontramos un solo hecho, ¡sino *tres*! que responden a *todas nuestras condiciones* y que vamos a comentar uno por uno.

El operador no solo no es alquimista sino que es un sabio respetado y un enemigo declarado de la Alquimia: esto responde, con más fuerza aún, a nuestra cuarta condición. Hablamos, en primer término, de Helvetius y de su transmutación. Citamos textualmente a Figuier, "Johann Frederick Schweitzer (1625-1709), conocido con el nombre latino de Helvetius, era uno de los adversarios más acérrimos de la Alquimia y había alcanzado notoriedad por un escrito suyo contra el "polvo simpático" (sympathetic powder) de Sir Kenelm Digby (1603-1665). El 27 de diciembre de 1666, recibió en La Haya la visita de un extranjero vestido como un hombre corriente del norte de Holanda, quien se negó obstinadamente a dar a conocer su nombre. El extranjero dijo a Helvetius que, enterado de su disputa con Sir Digby, acudía para darle pruebas concretas de que la Piedra Filosofal realmente existía. En una larga conversación, el adepto defendió los principios herméticos y, para disipar las dudas de su adversario, le mostró la Piedra Filosofal: se hallaba en una cajita de marfil y era un polvo metálico cuyo color era el del azufre. Helvetius instó al desconocido a demostrar, mediante fuego, las virtudes de su "polvo", pero el alquimista se negó a ello y se marchó, no sin antes prometer que regresaría tres semanas después.

"Mientras conversaba con ese hombre y examinaba la Piedra Filosofal, Helvetius se las ingenió para separar con una uña unas partículas. Cuando estuvo solo, se dedicó a poner a prueba las supuestas virtudes de esas partículas. Fundió plomo en un crisol y efectuó la proyección. Sin embargo, todo se disipó en una humareda. Lo único que quedó en el crisol fue un poco de plomo y tierra vitrificada.

Entonces, Helvetius pensó que aquel hombre era un impostor, y habría olvidado lo ocurrido si, tres semanas después y en el día señalado, el extranjero no hubiese reaparecido. Sin embargo, se negó a efectuar él mismo la operación, pero cediendo a los ruegos de Helvetius, le regaló un poco de su "Piedra", cuyo grosor era apenas el de un grano de mijo. Y como Helvetius expresó sus temores de que tan pequeña cantidad de sustancia careciera de la menor propiedad, el alquimista, considerando que incluso ese regalo era demasiado dispendioso, retiró la mitad y le dijo que lo que quedaba era suficiente para transmutar algo más de una onza y media de plomo. Al mismo tiempo, se encargó de informarle sobre las precauciones que debía tener para que la Obra fuera exitosa y, sobre todo, le

recomendó que, en el momento de la proyección, recubriera la Piedra Filosofal con un poco de cera para protegerla del humo del plomo. En ese instante, Helvetius comprendió por qué había fracasado en su intento de transmutación; no había recubierto la Piedra con cera y había descuidado, en consecuencia, una precaución indispensable.

Además, el extranjero prometió regresar el lunes para asistir a la experiencia.

"El lunes, Helvetius aguardó inútilmente. Así pasó todo el día sin que se presentara nadie. Al anochecer, la esposa de Helvetius, incapaz de contener su impaciencia, le urgió para que intentara él solo la operación. Entonces, él lo hizo en presencia de su esposa y de sus hijos.

"Fundió una onza y media de plomo, proyectó sobre el metal fundido la Piedra recubierta de cera, tapó convenientemente el crisol y lo dejó expuesto a la acción del fuego durante un cuarto de hora. Al cabo de ese lapso, el metal había adquirido un bello color verde: era oro fundido, el cual, colado y enfriado, adquirió un color amarillo espléndido.

"Todos los orfebres de La Haya estimaron muy alto el valor de ese oro. Povelius, aquilatador de las monedas de Holanda, lo sometió siete veces a la prueba del antimonio sin que su peso disminuyera."

Así es cómo Helvetius narró esta aventura. Los términos y pormenores precisos de su relato excluyen toda sospecha de impostura por parte de él. Este hecho le maravilló de tal manera que escribió su *Vitulus aureus*, (La Haya, 1667, obra reproducida en *Museum Hermeticum Reformatum*, Francfort, 1678, y *The Hermetic Museum Restored and Enlarged*, Londres, 1893). De esta manera es cómo él narra lo ocurrido y sale en defensa de la Alquimia.

CAPITULO VII

LA VALIDEZ DE LA PIEDRA FILOSOFAL

Lo expuesto responde a todas las condiciones requeridas. Sin embargo, Figuier, sabedor de cuán difícil es explicar esto, añadió algunas explicaciones en una edición posterior de su obra (1860). Deseoso de hallar por todas partes, *a priori*, la existencia de fraude, éste fue el argumento principal que esgrimió: el alquimista contrató un cómplice, el cual introdujo en los crisoles de Helvetius un compuesto de oro de fácil descomposición con el calor.

¿Es necesario demostrar la ingenuidad de esta objeción?

1. **¿Cómo habría que elegir precisamente el crisol que tomaría Helvetius?**
2. **¿Cómo pensar que él fuera tan tonto como para no diferenciar un crisol vacío de uno lleno, o bien, una aleación de un metal?**
3. **¿Por qué no tomarse el trabajo de releer el relato de los hechos? Entonces, Figuier habría advertido dos cuestiones importantes:**
   En primer lugar, la siguiente frase: *tomó una onza y media de plomo*. Esto indica que la pesó, la manipuló y estuvo en condiciones de verificar fácilmente si era plomo de verdad.
4. **A continuación, este pormenor: *tapó convenientemente su crisol*, lo cual impide toda evaporación ulterior.**
5. **Aunque supongamos incluso que Helvetius fue realmente engañado y que, siendo un experimentado sabio, confundiera al oro con el plomo, la prueba de la transmutación no resulta menos evidente, pues los críticos olvidan siempre el siguiente hecho:**

Si existe una aleación que oculta en sí al oro, entonces, después de la evaporación u oxidación, pesará *mucho menos* que el metal inicialmente empleado.

Por el contrario, si con cualquier procedimiento se agregó oro, el lingote pesará *mucho más* que el metal inicialmente empleado.

Ahora bien, la transmutación de Claude Guillermet de Bérigard (o Beauregard), de Pisa (¿1578?-1664), que comentaremos más adelante, prueba irrefutablemente la nulidad de tales argumentaciones.

Finalmente, para destruir para siempre lo que Figuier afirma, basta señalar que tanto los orfebres de La Haya como el aquilatador de las monedas de Holanda comprueban la pureza absoluta de aquel oro, lo cual sería imposible si hubiera existido cualquier aleación.

Aquí cae por su propio peso la explicación que la crítica da a este hecho: "En la actualidad, solo podemos explicar estos hechos admitiendo que el mercurio o el crisol utilizados ocultaban cierta cantidad de oro, disimulada con una habilidad maravillosa".

Hemos dicho que *un solo hecho* plenamente comprobado bastaba para demostrar la existencia de la Piedra Filosofal. Sin embargo, son tres los hechos sujetos a las mismas condiciones. Veamos los otros dos:

Esto es lo que relata Bérigard de Pisa, citado por el mismo Figuier:

"Contaré lo que otrora me sucedió cuando yo tenía muchísimas dudas de que el mercurio pudiera convertirse en oro. Un hombre diestro, deseoso de quitarme esas dudas, me dio una porción de polvo cuyo color era bastante parecido al de la amapola silvestre, y cuyo olor era el de la sal marina calcinada.

"Para destruir toda suposición de fraude, yo mismo compré el crisol, el carbón y el mercurio a diferentes comerciantes a fin de que por nada del mundo pudiera haber oro en algunos de esos elementos (pues esto lo hacen frecuentemente los que convierten a la Alquimia en un embuste).

"Agregué un poco de polvo a diez medidas de mercurio, expuse todo a un fuego bastante fuerte y, en poco tiempo, toda la masa se convirtió en casi diez medidas de oro. Diversos orfebres lo pusieron a prueba y reconocieron que era oro purísimo.

"Si este hecho me hubiera ocurrido sin testigos, sin la presencia de árbitros extranjeros, yo habría podido suponer la existencia de algún fraude.

"Sin embargo, puedo asegurar, con confianza, que el hecho ocurrió tal como yo lo cuento."

He aquí, además, que quien realiza esa operación es un sabio, pero conoce las tretas de los embaucadores y, para evitarlas, emplea todas las precauciones imaginables.

Finalmente, citamos también la transmutación efectuada por François-Mercurie van Helmont (1618-1699), en su laboratorio de Vilvorde, cerca de Bruselas. Van Helmont recibió de un desconocido un cuarto de grano de Piedra Filosofal. Se lo enviaba un adepto que, al descubrir el secreto, deseaba convencer de su realidad al ilustre sabio cuyos trabajos honraban a su época.

El mismo van Helmont llevó a cabo esa experiencia él solo, en su laboratorio. Con el cuarto de grano de polvo, que recibió del desconocido, transformó ocho onzas de mercurio en oro. Hay que convenir que este hecho era un argumento casi irrefutable que podía invocarse en favor de la existencia de la Piedra Filosofal. Era difícil engañar a Van Helmont, el químico más diestro de su tiempo. Él mismo era incapaz de toda impostura y no tenía interés alguno en mentir, pues jamás aprovechó para nada lo que él observó.

Por último, puesto que la experiencia tuvo lugar fuera de la presencia del alquimista, es difícil comprender cómo pudo deslizarse allí el fraude. Van Helmont quedó tan convencido del hecho que pasó a ser declarado partidario de la Alquimia. En honor de esta aventura, a su hijo recién nacido le puso el nombre de Mercurios. Por lo demás, este Mercurios Velmont no desmintió su bautismo alquímico. Hizo que Gottfried Wilhelm Leibniz (1646-1716) compartiera su modo

de pensar. Durante toda su vida buscó la Piedra Filosofal. Es verdad que no la halló, pero difundió fervorosamente sus conocimientos.

Retomemos ahora esos tres relatos y comprobaremos que responden a las condiciones científicas planteadas. En efecto, ¿el mercurio o el plomo contenían oro? No lo creo, sí tengo en cuenta:

1. **Que ni Helvetius, ni van Helmont, ni Bérigard de Pisa creían en la Alquimia, estaban en la misma situación y no los divertía hacerlo;**
2. **Que en ningún caso el alquimista tocó los objetos empleados;**
3. **Finalmente, en la transmutación de Bérigard de Pisa, si el mercurio hubiera contenido oro y éste hubiera quedado solo, después de volatilizarse el primero, el lingote obtenido habría pesado mucho menos que el mercurio empleado, lo cual no ocurrió.**

No podrá creerse que, después de estos argumentos, la lista concluya: persiste en el mundo, por lo menos, un argumento nada veraz, por cierto, pero tanto más peligroso:

Todos estos relatos, extraídos de libros impresos, no son la obra de los autores que los firman, sino de hábiles alquimistas impostores.

Ciertamente, estamos frente a una objeción terrible, que parece destruir todo nuestro trabajo. Sin embargo, la verdad puede todavía aparecer victoriosa.

En efecto, existe una carta perteneciente a una tercera persona, tan eminente como las otras. La dirigió el filósofo Baruch Spinoza (1632-1677) a Jarrig Jellis. La misiva prueba irrefutablemente que la experiencia de Helvetius fue real. He aquí el pasaje importante:

“Después de conversar con Voss sobre el asunto de Helvetius, se burló de mí, asombrándose de verme ocupado en tales bagatelas.

“Para asegurarme de la verdad, acudí a lo del monedero Brechtel. Este, que había puesto a prueba el oro, me aseguró que, durante la fusión, había aumentado incluso más su peso cuando introdujo plata en él. Era preciso, pues, que ese oro, que transformó la plata en oro nuevo, fuese de un carácter muy particular.

“No solamente Brechtel, sino incluso otras personas que habían asistido a la prueba, me aseguraron que lo ocurrido fue así.

“En seguida fui a ver a Helvetius y él mismo me mostró el oro y el crisol que todavía contenía un poco de oro pegado en sus paredes. Me dijo que había introducido apenas, en el plomo fundido, Piedra Filosofal del tamaño de un cuarto de grano de trigo. Agregó que hará conocer este hecho al mundo entero.

“Parece que este adepto ya efectuó la misma experiencia en Ámsterdam. Todavía es posible encontrarle en dicha ciudad.

“Estas son todas las informaciones que pude obtener sobre este tema.

“Booburg, 27 de marzo de 1667.
Spinoza”
(*Opera posthuma*, página 553)

Tales son los hechos que crearon en mí esta convicción:

Hay pruebas irrefutables de que la Piedra Filosofal existe, a menos que se niegue para siempre el testimonio de los textos, de la historia y de los hombres.

CAPITULO VIII

LA TABLA DE ESMERALDA, DE HERMES TRISMEGISTO, Y SU EXPLICACION PASO A PASO

“Es cierto, sin mentira y muy verdadero.

“Lo que está abajo es como lo que está arriba, y lo que está arriba es como lo que está abajo para realizar los milagros de la cosa única.

“Y como todas las cosas provinieron y provienen del Uno, así todas las cosas nacen en esta cosa única por adaptación.

“El sol es el padre, la luna es la madre, el viento lo llevó en su vientre, la tierra es su nodriza, el padre de todo, el Thelema de todo el mundo, está aquí su fuerza es total si se convierte en tierra.

“Separarás la tierra del fuego, lo sutil de lo denso, suavemente, con gran diligencia. Asciende de la tierra al cielo y desciende directamente a la tierra, y recibe la fuerza de las cosas inferiores y superiores. Por este medio tendrás toda la gloria del mundo y toda oscuridad se alejará de ti.

“Esta es la fuerza de toda fuerza, pues ella vencerá toda cosa sutil y penetrará toda cosa sólida.

“Así fue creado el mundo.

“De esto habrá y surgirán innumerables adaptaciones, cuyo medio está aquí.

“He aquí por qué se me ha llamado Hermes Trismegisto, poseedor de las tres partes de la filosofía del mundo.

“Lo que he dicho sobre la operación del Sol se ha cumplido y consumado”.

La Tabla de Esmeralda comienza con una trinidad. Hermes afirma así, desde la primera palabra, la Ley que rige sobre toda la Naturaleza.

Sabemos que el Ternario se reduce a una jerarquía cuyo nombre es: *los tres Mundos*. Por lo tanto, estas palabras nos presentan, para que la estudiemos, una misma cosa bajo tres aspectos diferentes.

Esta cosa es la verdad y su triple manifestación en los Tres Mundos, o sea: *Es cierto*: la Verdad sensible, correspondiente al Mundo Físico. Este es el aspecto que la Ciencia contemporánea estudia. *Sin mentira*: Lo contrario del aspecto anterior. La verdad filosófica, la certidumbre correspondiente al Mundo metafísico o moral. *Muy verdadero*: La unión de los dos aspectos anteriores, es decir, la tesis y la

antítesis para constituir la síntesis. La verdad inteligible correspondiente al Mundo divino.

Puede verse que la explicación que he dado acerca del número tres halla aquí una brillante aplicación. Pero continuemos; ordenemos en tres bloques la frase siguiente:

Lo que está arriba — Lo que está abajo
es como { y } es como
lo que está abajo — lo que está arriba
?
para realizar los milagros de la cosa única.

De esta manera nos encontraremos nuevamente, en primer término, con dos Ternarios, o más bien con un Ternario considerado bajo dos aspectos, el *positivo* y el *negativo*:

alto — bajo
Positivo { análogo a — negativo — { análogo a
bajo — alto

Volvemos a encontrar la aplicación del método de la Ciencia Oculta: la analogía. Hermes dice que lo positivo (arriba) es *análogo* a lo negativo (abajo), y se cuida muy bien de decir que ambos son semejantes.

Finalmente, vemos la constitución del cuatro, por la reducción del tres a la unidad[9].

Para *realizar los milagros de una sola cosa.*

O la constitución del siete, por la reducción del seis (los dos Ternarios) a la unidad.

Puesto que el cuatro y el siete expresan la misma cosa,[10] cualquiera de las dos aplicaciones puede efectuarse con certeza.

Encaremos la explicación de la segunda fase de la explicación de la primera, y entonces veremos:

Que uno Verdad debe ser considerada, ante todo, en su triple aspecto: el físico, el metafísico y el espiritual.

Entonces, a este conocimiento solo se le puede aplicar el método analógico, el cual permitirá aprender las Leyes.

---

[9] Cfr. *Traté Méthodique de Science Occulte*; final del capítulo II, del autor.
[10] Id. ant.

Finalmente, hay que reducir a la unidad la enorme cantidad de Leyes mediante el descubrimiento del Principio o de la Causa primera.

A continuación, Hermes aborda el estudio de las relaciones de la multiplicidad con la unidad, o de la Creación con el Creador diciendo: "*Y como todas las cosas provinieron y provienen del Uno, así todas las cosas nacen en esta cosa única por adaptación*".

Aquí se halla compendiada, en pocas palabras, la sagrada enseñanza sobre la creación del Mundo. La creación mediante adaptación o mediante el cuaternario, desarrollada en el *Sepher Yetzirah*[11] y en los diez primeros capítulos del *Berasit* de Moisés.[12]

Esta cosa única, de la que todo deriva, es la Fuerza universal cuya generación es descripta por Hermes:

El Sol (positivo)	***es su Padre,***
La Luna (negativo)	***es su Madre,***
El Viento (receptor)	***la llevó en su vientre,***
La Tierra (materialización y desarrollo)	***es su nodriza.***

Esta cosa que él llama Thelema (o Thelesma: Voluntad) es de tal importancia que, aunque corriendo el riesgo de extender demasiado esta explicación, transcribiré lo que opinan muchos autores sobre este tema centrado en la *Luz Astral*.

"Existe un agente mixto –natural y divino, corporal y espiritual-, un dúctil mediador universal, un receptáculo común de las vibraciones del movimiento y de las imágenes de la forma, un fluido y una fuerza a los que podría llamarse, de alguna manera, "la imaginación de la Naturaleza".

"Mediante esta fuerza, todos los sistemas nerviosos se comunican secretamente entre sí; de ella nacen la simpatía ya la antipatía; de ella provienen los sueños: por ella se producen los fenómenos de la "segunda vista" y la visión sobrenatural. Este agente universal de las obras de la Naturaleza, es el *od* de los hebreos y de Karl Louis von Reichenbach (1788-1869), y es la *Luz Astral* de los martinistas.

"La existencia y el posible uso de esta fuerza son el Gran Arcano de la magia práctica.

"La *Luz Astral* imanta y calienta; alumbra y magnetiza; atrae y rechaza; vivifica y destruye; coagula y separa; rompe y vuelve a unir todas las cosas bajo el impulso de voluntades potentes." (*Historia de la Magia,* de Eliphas Levi).

"Los cuatro fluidos imponderables son solo las diversas manifestaciones de un mismo agente universal que es la luz." (*La Clave de los Grandes Misterios*; *La Clef des Grands Mystères,* de Eliphas Levi, página 207, edición de 1867)

---

[11] El autor tradujo este libro importante, lo publicó en el n°7 del *Lotus* (octubre de 1887) y lo reprodujo en su obra *Traité Méthodique de Science Occulte*; páginas 572 y siguientes.

[12] *La langue hébraique restituée*, de Fabre d'Olivet.

“Hemos hablado de una sustancia que se expande en el infinito. Es la sustancia única que es cielo y tierra, o sea, que según sus grados de polarización, es sutil o fija. Hermes Trismegisto denomina el gran Thelesma a esta sustancia. Y se la llama “luz” porque produce resplandor. A un mismo tiempo, es sustancia y movimiento, fluido y vibración perpetua” (*id. ant.*, página 117)

“El gran agente mágico se revela mediante cuatro clases de fenómenos, y las ciencias profanas lo sometieron a pruebas bajo distintas denominaciones, a saber, calor, luz, electricidad y magnetismo. El gran agente mágico es la cuarta emanación del principio vital, del cual el sol es la tercera forma”. (*id. ant*. Página 152)

“Este agente solar está vivo mediante dos fuerzas contrarias: una fuerza de atracción y una fuerza de proyección, lo cual hace decir a Hermes que este agente siempre asciende y vuelve a descender”. (*id. ant*., página 153)

“*Beth Hei Shin*”. Esta palabra, empleada por Moisés, cuando se la lee cabalísticamente, nos describe y define este agente mágico universal, representado en todas las teogonías con la serpiente, y al que los hebreos también denominaron OD = Más, OB = Menos; Aour = Infinito.

“*Aleph Iud Vav*. La Luz universal, cuando imanta los mundos, se llama Luz Astral; cuando forma los metales, se la denomina *azoth o mercurio de los sabios*; y cuando da vida a los animales, se la debe llamar *magnetismo animal*” (Eliphas Levi).

“El Movimiento es el aliento de Dios en acción entre las cosas creadas; este principio omnipotente, uno y uniforme en su naturaleza y tal vez en su origen, es nada menos que la causa y el promotor de la variedad infinita de fenómenos que componen las indecibles categorías de los mundos; como Dios, vitaliza o descompone, organiza o desorganiza, de acuerdo con las leyes secundarias que son la causa de todas las combinaciones y permutaciones que podemos observar alrededor de nosotros”. (*Nueva Medicina: Nouvelle Médecine*, Louis Lucas)

“El Movimiento es el estado NO DEFINIDO de la fuerza general que anima a la Naturaleza. El Movimiento es una fuerza elemental, la única que entiendo y considero que debe utilizarse para explicar todos los fenómenos de la Naturaleza, pues él es susceptible de más y de menos, es decir, de condensación y dilatación, electricidad, calor y luz. Además, es susceptible de una COMBINACIÓN de condensaciones. Finalmente, en él también se encuentra la ORGANIZACIÓN de sus combinaciones. El Movimiento que se supone ACTIVO nos da, *material e intelectualmente,* la clave de todos los fenómenos”. (*id. ant.*)

“El Movimiento, que se supone no definido, es susceptible de *condensarse, organizarse, concentrarse o entonarse*. Produce una *fuerza* de poder *relativo* cuando *se condensa*. Es capaz de conducir o *dirigir órganos* especiales, o conjuntos de órganos, cuando *se organiza*. Por último, cuando *se concentra o entona*, le es posible reflejarse sobre todo el organismo y dirigirlo en su totalidad”. (*id. ant.*)

“En el alma del ámbito fluido del mundo, que penetra todas las cosas, hay una corriente de amor o atracción, y una corriente de ira o rechazo. Este éter

electromagnético, que a todos nos imanta, este cuerpo encendido por el Espíritu Santo, que renueva sin cesar la faz de la Tierra, se fija por el peso de nuestra atmósfera y por la fuerza de atracción del mundo. La fuerza de atracción se fija en el centro del cuerpo, y la fuerza de proyección, en su contorno. Esta fuerza doble actúa mediante espirales de movimientos contrarios que jamás se encuentran. Se trata del mismo movimiento que el del Sol, el cual atrae y rechaza sin cesar a los astros de su sistema. Toda manifestación de la vida, tanto en el orden moral como en el orden físico, es producida por la tensión extrema de estas dos fuerzas". (*El hombre rojo de las Tullerías: L'homme rouge des Tuileries*, de Paul Christian (J. B. Pitois), 1863).

Confío en que el lector ávido de aprender halle en estas notas mayor esclarecimiento sobre el tema que el que puedan brindarle las mejores disertaciones del mundo.

Tras su declaración acerca de esta fuerza universal, Hermes aborda el Ocultismo práctico, la regeneración del Hombre por sí mismo, y la regeneración de la materia por el Hombre regenerado.

Muy frecuentemente, los alquimistas aplican en sus obras los principios del Esoterismo, a los que ya nos hemos referido. Para concluir esta explicación, y a modo de ejercicio para los lectores que sientan curiosidad por esta cuestión, presentamos la traducción de la Tabla de Esmeralda según los procedimientos de la geometría cualitativa.

Imaginemos un triángulo equilátero que tiene un punto en su centro*: la verdad en los tres mundos*. Cada lado del triángulo representa: *Verdad Moral* (lado izquierdo); *Verdad Intelectual* (lado derecho) y *Verdad Física* (base).

Lo que está arriba **(representado por un *triángulo equilátero con su ápice hacia arriba*) *es como lo que está abajo*** **(representado por *un triángulo equilátero con su ápice hacia abajo*).**

Para cumplir los milagros de la cosa única.

Y como todas las cosas provinieron y provienen del uno **(representado por un *círculo con un punto en su centro*) *así todas las cosas nacen en esta cosa única por adaptación*,** **(la cual es representada por una *cruz dentro de un círculo*).**

CAPITULO IX

PRIMERA OPERACIÓN:
MERCURIO DE LOS FILÓSOFOS

Un alquimista del siglo XIX, conocido únicamente bajo el seudónimo de Cyliani, pasó más de cuarenta años estudiando la Piedra Filosofal. Según él, logró su objetivo en 1837, después de espantosas desdichas.

Por su valor documental, damos a continuación la preparación completa, escrita por Cyliani en su libro titulado *Hermes develado* (*Hermès dévolé*). Esta obra es absolutamente inhallable.

El estudio que publicamos es precedido por la narración de un sueño durante el cual un "espíritu planetario" revela a nuestro alquimista el secreto que tanto buscaba. Después de este relato, comienza al siguiente tratado que casi constituye, por sí solo, la obra de Cyliani.

Tomé la materia que contiene las dos naturalezas metálicas y empecé a embeberla, poco a poco, con el espíritu astral, a fin de despertar los dos fuegos interiores que estaban como apagados, secando ligeramente y triturando circularmente todo con el calor del sol; después, repetí esto y lo humedecí cada vez más, secando y triturando hasta que la materia tomó el aspecto de una masa ligeramente espesa.

Entonces, vertí encima una nueva cantidad de espíritu astral, de manera que sobrenadara en la materia, y lo dejé todo así durante cinco días, al cabo de los cuales decanté diestramente el líquido o la disolución, que conservé en un lugar frío. Después, sequé directamente al calor solar la materia restante en el vaso de vidrio de unos tres dedos de altura; embebí, trituré, sequé y disolví, como ya lo había hecho antes, y reiteré esto hasta haber disuelto todo lo susceptible de serlo, teniendo cuidado de verter cada disolución en el mismo vaso bien tapado. Puse éste, durante diez días, en el lugar más frío que pude encontrar.

Una vez que transcurrieron los diez días, puse toda la solución a fermentar en un recipiente durante cuarenta días, al cabo de los cuales se precipitó una materia negra por el efecto del calor interno de la fermentación. Entonces, la destilé sin fuego, lo mejor que me fue posible, y la puse en un vaso de vidrio blanco, con tapón esmerilado, en un lugar húmedo y frío.

Tomé la materia negra e hice que se secara con el calor del sol, como ya lo dije, repitiendo las imbibiciones con el espíritu astral; las interrumpí tan pronto advertí que la materia empezaba a secarse. Dejé que se secara sola. Hice esto tantas veces como fue necesario para que la materia tomara la apariencia de un pez negro y brillante.

Entonces, la putrefacción fue total e interrumpí el fuego exterior para no dañar para nada la materia con la combustión del alma blanda de la tierra negra. Por este medio, la materia se convirtió en algo parecido a estiércol de caballo. De

acuerdo con lo que dicen los filósofos, hay que dejar que actúe el calor interior de la materia misma.

A esta altura, es preciso recomenzar con el fuego exterior para coagular la materia y su espíritu. Después de dejar que se seque sola, se la embebe, poco a poco y cada vez más, con su líquido destilado que se tiene aparte, el cual contiene su propio fuego embebida, se la tritura y se la pone a secar con suave calor solar hasta que haya "bebido" toda su agua.

Por este medio, el agua se transforma enteramente en tierra, y esta última, por su disecación, se transforma en un polvo blanco al que también se llama "aire", el cual cae como una ceniza que contiene la *sal o el mercurio de los filósofos*.

En esta primera operación, se observa que la disolución o el agua se transforma en tierra, y ésta, por sutilización o sublimación, se convierte en aire puro.

Allí se interrumpe el primer trabajo.

Se toma esta ceniza, que se hace disolver, poco a poco, con la ayuda del nuevo espíritu astral, dejando, después de la disolución y decantación, una tierra negra que contiene el azufre fijado.

Sin embargo, si reiteramos la operación sobre esta última disolución, tal como lo acabamos de describir, se obtiene una tierra más blanca que la primera vez, la cual es la primer "aguila" y se reitera así de siete a nueve veces. Por este medio se obtiene el *mentruo universal*, *mercurio de los filósofos o ázoe* con cuya ayuda se extrae la fuerza activa y particular de cada cuerpo.

Es conveniente observar aquí, antes de pasar de la primer "águila", al igual que a las siguientes, que hay que repetir la operación precedente sobre la ceniza que queda, si la sal, por el fuego central de la materia, no se eleva suficientemente por la sublimación filosófica, a fin de que, después de la operación, solo quede una tierra negra, despojada de su mercurio.

Préstese aquí mucha atención: después de que la materia se hincha durante la fermentación que sigue a la disolución, se forma, en la parte superior de la materia, una especie de piel nueva, debajo de la cual se halla una infinidad de burbujitas que contienen el espíritu. Es entonces cuando hay que manejar el fuego con prudencia, puesto que el espíritu adopta una forma aceitosa y adquiere cierto grado de sequedad.

Cuando se vierte en la tierra, poco a poco, la cantidad de agua necesaria para que se disuelva, hay que tener cuidado de no empezar a embeberla antes de que la tierra se haya secado convenientemente.

Tan pronto se disuelve la materia, ésta se hincha, entra en fermentación y produce un ligero ruido que emana en forma de burbujas.

A fin de realizar bien la operación que acabo de describir, es necesario observar el peso, el fuego del atanor y el tamaño del vaso.

El peso debe consistir en la cantidad de espíritu astral necesario para disolver la materia.

El fuego exterior del atanor no debe ser demasiado y hay que dirigirlo de manera que no haga evaporar las burbujas que contienen el espíritu, sin que ni la "nata" ni el azufre ardan sumándose al fuego exterior, todo esto de modo que el fuego se impulse bastante lejos de la materia seca después de la fermentación o putrefacción de ella, a fin de no ver lo rojo antes de lo negro.

Por último, el tamaño del vaso debe calcularse según sea la cantidad de la materia, de manera que solamente contenga una cuarta parte de su capacidad. Entiéndase bien esto: tampoco hay que olvidar que la misteriosa solución de la materia o las bodas mágicas de Venus con Marte se realizan en el templo del que ya he hablado, en una bella noche, con el cielo sin nubes y en calma, el Sol en el signo de Géminis, y la Luna en su primer cuarto total, con la ayuda del amante que atrae es espíritu astral del cielo, el cual se rectifica siete veces hasta que pueda calcinar el oro.

Una vez que la operación culminó, se posee el *ázoe, el mercurio blanco, la sal o el fuego secreto de los filósofos.*

Algunos sabios hacen que se disuelva directamente en la menor cantidad de espíritu astral necesario para tomar una disolución espesa. Después de diluido, ellos lo dejan en un lugar frío para obtener tres capas de sal.

La primera sal tiene el aspecto del silicio, y la segunda, la del salitre con pequeñísimas agujas. La tercera, es una sal fija alcalina.

Los filósofos las emplean separadamente, y hay otros que las juntan, como lo indica A. de Villeneuve en su *Pequeño Rosario* (*Petit Rosaire*), de 1306, bajo el título de "Dos Plomos", y las disuelven en cuatro veces su peso de espíritu astral a fin de realizar todas las operaciones.

La primera sal es el verdadero *mercurio de los filósofos*, es la llave que abre todos los metales, con cuya ayuda se extraen sus tinturas; disuelve radicalmente todo, fija y madura todo de manera pareja y, por ser de naturaleza fría y coagulante, fija todo.

En síntesis, es una esencia universal muy activa, es el vaso en el que se efectúan todas las operaciones filosóficas. Por lo tanto, se observa que *el mercurio de los sabios* es una sal que ellos denominan *agua seca* que no moja las manos.

Sin embargo, para su utilización hay que disolverla en el espíritu astral, como ya lo dijimos. Se emplean diez partes de mercurio por uno de oro.

La segunda sal se usa para separar lo puro de lo impuro, y la tercera, para aumentar nuestro *mercurio* de manera continua.

CAPITULO X

SEGUNDA OPERACIÓN:
CONFECCIÓN DEL AZUFRE

La tintura que se extrae del oro común se obtiene mediante la preparación de su azufre. Esto es resultado de su calcinación filosófica, que le hace perder su naturaleza metálica y la convierte en tierra pura.

Dicha calcinación no puede tener lugar con el fuego común, sino solamente con el fuego secreto que existe en *el mercurio de los sabios*, debido a su doble propiedad.

En virtud de este fuego celeste, secundado por la trituración, penetra en el centro del oro común, y se libera y anima el doble fuego central del oro: el mercurial y el sulfuroso.

El primer fuego celeste, después de haber extraído la tintura del oro, la fija mediante su cualidad fría y coagulante, y se torna perfecta pudiendo multiplicarse tanto en calidad como en cualidad.

Una vez que esta tierra alcanzó fijeza, adquiere un color de flor de melocotonero que da la tintura o el fuego que entonces es el oro vital y vegetativo de los sabios. Esto tiene lugar mediante la regeneración del oro con nuestro mercurio.

Hay que empezar, pues, a disolver el oro común en su materia espermática mediante nuestra agua de mercurio o nuestro ázoe.

Para llegar a esto, hay que reducir el oro en una cal u óxido de un rojo oscuro muy puro, y después de haberlo lavado varias veces con agua de lluvia bien destilada con poco fuego, se lo dejará secar ligeramente con el calor del sol; entonces es cuando se lo calcinará con nuestro fuego secreto. En esta ocasión los filósofos dicen: los químicos queman con el fuego, y nosotros con el agua.

Después de haber embebido y triturado ligeramente el óxido de oro calcinado, el cual está húmedo; después de haberle hecho absorber su peso de sal o de tierra seca sin que moje las manos y después de que todo junto se incorporó como es debido, se lo embeberá directamente y se aumentarán, de manera sucesiva, las imbibiciones hasta que todo parezca una masa apenas espesa.

Entonces, se le echará encima cierta cantidad de agua de mercurio, proporcional a la materia, de manera que sobrenade en esta última.

Se dejará todo en el calor suave del baño de María de los sabios durante cinco horas, al cabo de las cuales se decantará la solución en un vaso que se tapará debidamente y se dejará en un lugar húmedo y frío.

Se tomará la materia que no se disolvió y se la dejará secar con un calor parecido al del sol. Cuando esté suficientemente seca, se recomenzarán las frecuentes

imbibiciones y trituraciones, como ya lo hemos dicho, a fin de obtener una nueva disolución. Esta se juntará con la primera y se repetirá el procedimiento hasta haber disuelto l oque pueda haber, sin que quede más que tierra muerta, sin valor alguno.

Una vez concluida la disolución, se la pone en el vaso de vidrio bien tapado, del que ya hemos hablado; su color es parecido al del lapislázuli.

Se dejará este vaso en el lugar más frío que se pueda, durante diez días. Después se pondrá esa materia a fermentar, como ya lo hemos dicho en la primera operación y, mediante el correspondiente fugo interno de esta fermentación, se precipitará una materia negra.

Esta materia será destilada diestramente y sin fuego, poniendo el líquido separado mediante la destilación (el cual sobrenadará en la tierra negra) en un vaso bien tapado y en un lugar frío.

Se tomará la tierra negra separada mediante destilación de su líquido, se la dejará secar sola y, después, se la embeberá directamente con el fuego exterior, o sea, con el mercurio filosófico, debido a que el árbol filosófico necesita, de tiempo en tiempo, ser quemado por el sol y, luego, ser refrescado por el agua.

Hay que alternar, pues, lo seco y lo húmedo, a fin de apresurar la putrefacción, y cuando se advierta que la tierra empieza a secarse, se suspenden las imbibiciones. Después, se la deja secar sola, hasta que alcance apropiada sequedad. Se repite este procedimiento hasta que la tierra parece un pez negro: entonces, la putrefacción es perfecta.

Debemos recordar aquí lo dicho en la primera operación, a fin de no dejar que el espíritu se volatilice o las "flores" se quemen, suspendiendo a propósito el fuego exterior en el momento en el que la putrefacción es total.

El color negro que se obtiene al cabo de cuarenta o cincuenta días (siempre que se administró debidamente el fuego exterior), es una prueba de que el oro común se transformó en tierra negra, a la que los filósofos llaman estiércol de caballo.

En el momento en el que la materia tiene color blanco y concluyó la coagulación, se procede a fijarla secando aún más la materia con la ayuda del fuego exterior. Para ello, se sigue el mismo procedimiento que en la coagulación anterior, hasta que el color blanco se transforme en el color ojo que los filósofos llaman el elemento del fuego.

La materia alcanza sola un grado de fijeza tan grande que ya no la afecta el fuego exterior o común, el cual no puede perjudicarla más.

No solamente hay que fijar la materia como ya lo acabamos de hacer, sino que también hay que petrificarla, induciendo a la materia a que tenga el aspecto de una piedra triturada, valiéndose para ello del fuego ardiente, es decir, del primer fuego que se usó, y siguiendo los mismos medios antes descriptos, a fin de transformar la

parte impura de la materia en tierra "fija" y de despojar también a la materia de su humedad salina.

Entonces se procede a separar lo puro de lo impuro de la materia. Este es el último grado de la regeneración, que se consuma con la solución. Para llegar a esto, después de haber triturado debidamente la materia y de haberla puesto, como ya lo hemos dicho, en un vaso de sublimación (de tres a cuatro dedos de altura, de vidrio blanco de buena calidad y de un espesor que sea el doble del corriente), se vierte encima el agua mercurial, la cual es nuestro ázoe, disuelto en la cantidad de espíritu astral que le es necesaria y que ya indicamos, graduando su fuego de manera que la mantenga en un calor templado, mientras, al final, se le agrega una cantidad de este mercurio filosófico con el fin de fundir la materia. Por este medio, toda la parte espiritual de la materia se introduce en el agua, y la parte terrosa se va al fondo; se decanta su extracto, se lo pone en hielo, a fin de que la quintaesencia oleosa se junte y suba a la superficie del agua y allí sobrenade como aceite, desechándose el resto de la tierra como inútil. Esta tierra aprisionaba la virtud medicinal del oro y, por lo tanto, ella carece de todo valor.

Obsérvese bien aquí que no hay que extender demasiado la petrificación de la materia para no transformar el oro calcinado en una especie de cristal. Hay que regular con destreza el fuego exterior para que seque poco a poco la humedad salina del oro calcinado, transformándolo en una tierra blanda que cae como una ceniza, como resultado de su petrificación o disecación más amplia.

El aceite que así se obtiene mediante la separación es la tintura, el azufre, el fuego radical del oro o la verdadera coloración; es también la medicina universal, verdadera o potable, para todos los males que afligen a la humanidad. En los dos equinoccios, se toma la cantidad necesaria de este aceite para teñir ligeramente una cucharada sopera de vino blanco o rosado destilado, debido a que una gran cantidad de esta medicina destruiría el radical húmedo del hombre y le quitaría la vida.

Este aceite puede tomar todas las formas posibles y convertirse en polvo, sal, piedra, espíritu, etc., mediante su disecación con la ayuda de su propio fuego secreto. Este aceite es también la sangre del león rojo: los antiguos lo representaban con la imagen de un dragón aliado que descansaba sobre la tierra.

Finalmente, este aceite inalterable es el mercurio aurífico. Una vez hecho, se lo divide en dos partes iguales. Se conserva una parte, en estado de aceite, en una redoma de vidrio blanco, bien cerrada con tapón esmerilado, y se la conserva en un lugar seco, a fin de usarla para efectuar las imbibiciones en los reinos de Marte y del Sol, como lo diré al final de la tercera operación.

La otra porción se deja secar hasta que se reduzca a polvo, siguiendo los mismos pasos antes indicados para disecar la materia y coagularla.

Entonces, se divide este polvo, de manera pareja, en dos partes iguales. Se disuelve una parte en cuatro veces su peso de mercurio filosófico, para embeber la otra mitad con el polvo que se tiene aparte.

CAPITULO XI

TERCERA OPERACIÓN:
CONJUNCIÓN DEL AZUFRE
CON EL MERCURIO DE LOS FILÓSOFOS

Aquí es donde casi todos los filósofos inician sus operaciones, lo cual ha inducido a error a muchas personas.

Es también en esta operación donde se junta el azufre de los filósofos con el mercurio de éstos. Casi todos los sabios denominaron "fermentación" a esta última operación, puesto que el azufre se disuelve de nuevo en ella, fermenta, entra en putrefacción y resucita mediante su nueva regeneración en la que tiene diez veces su fuerza.

Esta operación, difiere de las dos anteriores, lo cual hace que los filósofos la integren con siete grados, a cada uno de los cuales asignaron un planeta.

Para efectuar esta operación, hay que tomar la mitad del polvo que se tiene aparte, del cual ya hemos hablado, y embeberlo poco a poco, puesto que, embebiéndolo en una cantidad demasiado grande, se disuelve directamente el azufre en el aceite, el cual se sublima sobrenadando en el agua, y esto impide que el azufre y el mercurio se junten.

Esta es una grave deficiencia que impide que muchos filósofos tengan éxito. Por ello, hay que embeber la materia, gota tras gota, en aspersión, a fin de lograr que se unan la Luna con el Sol de los Ángeles y, juntos formen una masa espesa.

El fuego externo, que sirve para efectuar estas imbibiciones, es aquel del que ya hemos hablado en el momento en que hicimos disolver en polvo el cuarto de aceite aurífico en la cantidad de mercurio filosófico necesario para disolverse. Este fuego exterior se regula de acuerdo con la cantidad de la materia.

Aquí hay que tener cuidado de mantener la materia en un estado de untuosidad mediante imbibiciones, reiteradas todo el tiempo que sea necesario para hacer que la materia se hinche y entre en fermentación. Su disolución termina en el momento en el que la materia adquiere un color azulado. A esta disolución se la llama *rebis* o mercurio doble y el grado del mercurio.

Esta disolución es seguida de inmediato por la fermentación. Entonces se interrumpen las imbibiciones y el fuego exterior, y se deja que el fuego interior de la materia actúe totalmente por sí solo, hasta que la materia caiga al fondo del vaso y allí se torne negro como el carbón.

Entonces, comienza el primer grado, llamado de Saturno, que se destila sin fuego y cuyo líquido sobrenada la materia negra, mientras se sigue el proceso ya descripto para las dos operaciones precedentes.

Dejar que la materia negra se seque sola. En el momento en el que alcance un estado apropiado de sequedad, se la embebe directamente con el fuego exterior, interrumpiendo las imbibiciones cuando se ve que la materia empieza a secarse.

Dejar que adquiera por sí sola cierto grado de sequedad y se prosigue, repitiendo hasta que alcance su putrefacción total: entonces se interrumpe el fuego exterior para no dañar la materia.

Como resultado de la acción del propio fuego de la materia, ésta se convierte de negra en gris, sin que sea necesario aplicarle fuego exterior, entonces se alcanzó el grado de Júpiter.

En este grado se ven aparecer los colores del aro iris, que son reemplazados por una especie de piel de color negro oscuro, el cual lo adquiere por la sequedad; y se resquebraja y pone gris, rodeada en la pared del vaso por un circulito blanco.

Cuando la materia llegó a este punto, se la podría utilizar como medicina. En este caso, habría que dejar secar la materia y hacer que se convierta en un polvo blanco, empleando los mismos procedimientos ya descriptos para obtener este color, al cual se lo tornará rojo con la ayuda del fuego secreto.

Esta medicina tendría entonces diez veces la virtud de la primera de la que ya he hablado. Sin embargo, si se desea utilizarla para la transmutación de metales, después de haberla disecado bien, no se espere que se vuelva blanca, sino que se la vuelve así amalgamándola, en partes iguales, con mercurio comercial común, cuidadosamente purificado mediante destilación, bien sublimado y revivificado. Se trata de la "leche" o la "grasa" de la tierra.

En efecto, en el momento en el que el mercurio común se amalgama con la materia, todo se disuelve bajo el aspecto de un líquido blanco parecido a la leche, que la materia condensa en una sal fija, mediante la acción de su propio fuego.

Entonces se recomienzan los lavados mercuriales que la vuelve cristalina, con la ayuda de siete lavados diferentes; en cada uno de ellos se agrega el mercurio revivificado, de forma pareja, como ya lo dije; después, por media, tercera, cuarta, quinta, sexta y séptima parte del peso de la materia fija, a fin de que el peso de la materia sea siempre mayor que el del mercurio revivificado que se emplea.

Pero desde el primer lavado, de forma pareja, no hay que interrumpir el fuego ni el de día ni de noche, o sea, las imbibiciones que contienen el fuego de la materia, a fin de que no se enfríe y pierda: el compuesto es el *latón de los filósofos*, que hay que blanquear mediante frecuentes imbibiciones hasta que nuestra materia fije el mercurio, con la ayuda de su propio fuego. Esto consuma el grado de Júpiter.

Si se continúa de esta manera, el latón se torna amarillento; después, azulado, y aparece encima una bellísima blancura: entonces comienza el grado de la Luna. Esta bella blancura tiene el aspecto del diamante triturado y se convierte en un polvo muy fino y sutil. Se ha obtenido el blanco fijo. Se lo coloca sobre una lámina roja de cobre. Si se funde sin echar humo, entonces la tintura se fijó suficientemente.

En el caso contrario, se le aplica fuego, prosiguiendo así hasta que haya alcanzado su grado de fijeza conveniente, y allí se interrumpe el fuego, si sólo se quiere hacer la tintura blanca, una parte de la cual transmuta cien partes de mercurio común en plata mejor que la de las minas.

Sin embargo, si lo que se desea es preparar la tintura roja, entonces hay que continuar con el fuego sobre la materia. Si se quiere que se ponga roja, no hay que dejarla enfriar.

Si se sigue aplicando fuego exterior, la materia se vuelve muy fina y tan sutil que es difícil imaginarla. Por esta razón, hay que dirigir bien su fuego a fin de que la materia no se volatilice con la fuerza del fuego (el cual debe penetrar por completo), sino que quede en el fondo del vaso, convirtiéndose en un polvo rojo. Entonces, éste es el grado de Venus.

Si se continúa sabiamente con el fuego exterior, la materia adquiere el color amarillo limón: éste es el grado de Marte. Este color aumenta su intensidad y se convierte en color cobre. Cuando llega a este punto, no puede aumentar su intensidad por sí solo.

Si seguimos las imbibiciones con el aceite aurífico, entonces la materia se torna cada vez más roja; después, purpúrea; y por último, de color rojo oscuro, lo cual constituye la salamandra de los sabios, a la que el fuego jamás puede atacar.

Finalmente, se introduce el mismo aceite aurífico en la materia y se la embebe gota tras gota hasta que el aceite del Sol se coagule en la materia y esta última, puesta sobre una lámina caliente, se funda sin echar humo.

Por este medio se ha obtenido la tintura roja y el otro fijo y coagulante, una parte del cual transmuta cien partes de mercurio en oro mejor que el de la Naturaleza.

CAPITULO XII

LAS MULTIPLICACIONES

Las dos tinturas de las que acabo de hablar: -la blanca y la roja- son susceptibles de multiplicarse en calidad y cantidad, mientras no hayan sido sometidas a la acción del fuego corriente, el cual les hace perder su humedad radical, coagulándolas como tierra cuyo aspecto es el de una piedra. Para que estas dos tinturas –la blanca y la roja- se multipliquen hay que repetir por completo la tercera operación.

Ambos polvos –el blanco y el rojo- deben ser disueltos en el mercurio filosófico, hasta que se fermenten y entren en putrefacción y, de esta manera, lleguen a regenerarse. Para llegar a esto hay que repetir, poco a poco, las imbibiciones, orientar el fuego y regularlo, de manera sucesiva, como ya lo hemos descripto. En esta segunda multiplicación, una parte se proyecta sobre mil partes de mercurio y las transmuta en plata o en oro, según sea el color del polvo en metal perfecto.

La multiplicación en calidad se realiza repitiendo la sublimación filosófica. Esta tiene lugar separando lo puro de lo impuro con la ayuda del mercurio filosófico. Se repiten puntualmente las manipulaciones de la tercera operación, después de haber efectuado la disecación con la ayuda del fuego de la materia y de haber reducido a polvo todo el aceite blanco si se trabaja el blanco, y solo una parte del aceite rojo si se trabaja el rojo, a fin de conservar la otra parte para utilizarla en el grado de Marte y del Sol, al igual que para insertar, como ya lo indiqué, si se trabaja el rojo.

La multiplicación en cantidad se realiza añadiendo mercurio común revivificado, como ya lo expresé. Si se desea realizar, al mismo tiempo, la multiplicación en calidad, hay que comenzar, por regla general, por sublimar la materia separando lo puro de lo impuro, disecándolo en su totalidad, si se trabaja el blanco, o por la mitad, si se trabaja el rojo, con la ayuda del propio fuego, el cual se regulará de la misma manera que lo hice en la primera operación, a fin de reducirlos a polvo; se dividirá cada polvo en dos partes iguales. Se hará disolver una parte en cuatro veces su peso de mercurio filosófico, el cual servirá para embeber la otra porción que se tiene aparte, repitiendo por completo la tercera operación.

Si se lo desea, es posible repetir estas manipulaciones hasta diez veces: la materia adquirirá, cada vez, una fuerza que se multiplicará por diez, y será tan sutil que la última vez atravesará el vaso, volatilizándose en su totalidad. Corrientemente se interrumpe esto en la novena multiplicación, o de lo contrario se torna tan volátil que, ante el mínimo calor, horada el vaso y se evapora, lo cual hace que, habitualmente, haya que interrumpir la transmutación de una parte sobre mil o diez mil a lo sumo, a fin de exponerse a perder un tesoro tan precioso.

No describiré aquí operaciones curiosísimas que yo he realizado para mi gran asombro, en los reinos vegetal y animal, y tampoco al modo de hacer que el vidrio se torne maleable y que las perlas y las piedras preciosas se vuelvan más bellas que

las naturales, si se sigue el procedimiento iniciado por Denis Zachaire, mediante la utilización de vinagre, materia coagulada blanca y granos de perlas o rubíes muy finamente triturados, moliéndolos luego y coagulándolos con el fuego de la materia. Esto se debe a que no quiero ser perjuro y dar muestras de trasponer los límites del espíritu humano.

CAPITULO XIII

EL VERDADERO ALQUIMISTA

Ya hemos hablado mucho sobre la Piedra Filosofal. Digamos ahora algunas palabras acerca de su feliz poseedor: el Alquimista.

Por lo general, se supone que este hombre vive buscando perpetuamente lo imposible en medio de hornos ardientes, cocodrilos disecados, búhos siniestros y gatos hechizados. Sin embargo, basta abrir sus libros y ver el modo con que ellos mismos representan sus hornos y laboratorios para comprobar que existe un profundo error del que los prejuicios del vulgo dan fe.

El verdadero alquimista es un filósofo suficientemente instruido como para pasar, sin inmutarse, por épocas muy turbulentas y difíciles.[13] El es el sagrado depositario de toda la ciencia maravillosa que otrora fue enseñada en los venerados santuarios de la India y Egipto. Es preciso que él sepa velarla bastante para eludir la celosa mirada del clérigo déspota que husmea en él al enemigo y le vigila muy de cerca. Cuando la Inquisición persigue sin piedad todo vestigio de conocimiento, el filósofo hermético vela más sus escritos con símbolos y figuras misteriosas, aunque no lo suficiente como para que el investigador esmerado no los pueda comprender con facilidad. Este es el origen de las oscuridades deliberadas que encontramos en las obras de los adeptos.

¿Cómo utilizan ellos las inmensas riquezas que el conocimiento del misterioso secreto puede brindarles?

Una de las reglas elementales de la Ciencia denominada Oculta enseña que, para ser maestro de alguna cosa, hay que saber considerarla con la máxima indiferencia.

Quien desee la Piedra Filosofal por las riquezas que ella procura, es muy posible que no la posea jamás.

La tradición esotérica también nos representa al alquimista vestido con sencillez y siempre de viaje, dando limosna a los mendigos y a los reyes y, por esta razón, mostrándose superior a estos últimos.[14]

Si damos crédito a los relatos de los contemporáneos, el alquimista Nicolás Flamel, poseedor de inmensas riquezas, las empleaba únicamente en obras pías y de caridad, y tanto él como su esposa comían legumbres hervidas, en burdos platos de barro cocido.

Estas ideas las encontraremos puestas en práctica hasta en pleno siglo XIX. El alquimista Cyliani (1832), tras descubrir según él lo cuenta, la Piedra Filosofal al cabo de cuarenta años de trabajos, vivió con una renta modestísima después de

---

[13] *Le Roman Alchimique*, de Louis Lucas.
[14] *Historia de la Magia*, de Eliphas Levi. Editorial Kier.

haberse sentido tentado a ofrecer el precioso secreto al rey Luis XVIII. Fue la esposa de Cyliani quien le hizo cambiar la idea.[15]

Además, basta leer la obra de Guillaume Louis Figuier para reunir numeroso datos sobre este tema.

La doctrina que los alquimistas enseñaban es, en gran parte, filosófica. La experiencia solo debe servir para verificar las teorías especulativas enunciadas en los libros más venerados. Por esta razón, los adeptos denominan Filosofía Hermética al conjunto de sus conocimientos.

La Filosofía Hermética proclama la unidad de la sustancia en la base de todas estas demostraciones. Por otra parte, existe un *principio universal* expandido en todos los cuerpos, cualquiera que sea la composición de ellos. El conocimiento de este principio universal y su puesta en acción constituyen el secreto de la Gran Obra y hace, *ab initio,* que las experiencias alquímicas se diferencien de los trabajos de los químicos corrientes, a quienes los filósofos herméticos consideran "dependientes de laboratorio".

Esta fuerza oculta ha recibido una enorme cantidad de denominaciones en las obras que tratan sobre la Alquimia: es el *Thelema* (o *Thelesma*) de Hermes,[16] el *Aour* de los cabalistas[17], el *Rouah Elohim* de Moisés[18], el *Mercurio Universal* de los alquimistas[19], la *Luz Astral* de la Ciencia Oculta[20], el *Movimiento* de Louis Lucas[21], etc.

Esta teoría, hacia la cual se sienten atraídos los filósofos contemporáneos, acaba de ser actualizada en toda su belleza por los trabajos de los ocultistas.

Pormenores de esta interesante cuestión se hallarán también en un bellísimo estudio del Conde Albert de Rochas, titulado *Las doctrinas químicas en el siglo XVII* (*Les doctrines chimiques au XVIIe. siècle*), aparecido en Cosmos, en el año 1888.

¿Existe en nuestra época algún vestigio de esta Filosofía Hermética y de sus enseñanzas? Busquémoslo.

---

[15] *Hermes develado*, de Cyliani.
[16] *La Tabla de Esmeralda*.
[17] *La Clef de grands mystères*, de Eliphas Levi.
[18] *La langue hébraique restituée*, de Fabre d'Olivet.
[19] *Les Secrets les plus cachés* (6° tratado), de Crosset de la Haumerie.
[20] *Dogma y Ritual de Alta Magia*, de Eliphas Levi. Editorial Kier.
[21] *Chimie Nouvelle*, de Louis Lucas.

CAPITULO XIV

VESTIGIOS DE LA ALQUIMIA EN LA ÉPOCA ACTUAL

Por lo general, los alquimistas trabajaban solos hasta el siglo XVI. A partir de esa época, las sociedades secretas más o menos poderosas eran las que conferían la Iniciación. Y fueron ellas las que dejaron rastros suficientemente perdurables como para que podamos volver a encontrarlos en nuestra época.

Sin mencionar a los *Templarios*, que fueron destruidos prematuramente, la más importante y famosa de las Sociedades Herméticas es, incuestionablemente, la misteriosa *Fraternidad de los Rosacruces*. Merced a su impulso, Elías Ashmole (1617-1692) fundó la Masonería inglesa, de la cual derivan todas las Iniciaciones modernas.[22]

La *Masonería* nos presenta, todavía hoy, las vivas tradiciones del Hermetismo en muchos de sus altos grados, y fue Joseph Marie Ragon (1781-1862) quien la estudió, especialmente desde este punto de vista, en su obra *Masonería Oculta* (*Maçonerie Occulte*).

Así es cómo la palabra perdida y reencontrada, del grado 18 del Escotismo –INRI-, se explica esotéricamente con un aforismo hermético: *Igne Natura Renovatur Integra*.[23] La Naturaleza se renueva íntegramente con el fuego. Este *fuego* no es el común: es la *fuerza universal*, de la que hablamos hace poco, representada también por la "G" que aparece en el centro de la Estrella Llameante.[24]

Los grados 22° y 28° están también colmados de tradiciones reales de la Ciencia Hermética.[25]

Además de estas tradiciones, conservadas sin que sus poseedores lo sepan, y muchos monumentos de París son incluso pruebas positivas de las enseñanzas de la Filosofía Hermética.

Desde este punto de vista, citamos en primer lugar la *Torre de Saint-Jacques*; después, los *Vitrales de Sainte-Chapelle*; y finalmente, la *Fachada de Notre Dame* de París.[26]

Por último, el siglo XIX vio nacer a muchos alquimistas convencidos. Citamos en primer lugar a Cyliani, autor de *Hermes develado*, que ya mencionamos, en el que afirma que descubrió la Piedra Filosofal y brinda, *con estilo alquímico*, el modo de fabricarla. Es curioso observar que este estilo simbólico se emplea incluso actualmente.

---

[22] *Orthodoxie maçonnique*, de Joseph Marie Ragon.
[23] *Francs-Maçons et Théosophes*, del autor.
[24] *La Messe et ses Mystères*, de Joseph Marie Ragon.
[25] *Moralis and Dogma of Freemasonry*, de Albert Pike, Charleston, 1881, páginas 340 y siguientes.
[26] En el *Tratado Elemental de Ciencia Oculta*, del autor, se halla explicado el jeroglífico alquímico de la fachada de Notre Dame. Lámina VI.

Después de Cyliani, debemos citar a Théodore Tiffereau, antiguo catedrático de química en la Escuela de Nantes y autor de un memorial dirigido a la Academia, titulado *Los metales no son cuerpos simples* (1853).

A continuación viene el menos serio de todos, Louis Paul François Cambriel (1784-1850), autor de un deficiente tratado que lleva por título *La alquimia en 19 lecciones* (*L'alchimie en 19 leçons*).[27]

Tales son los representantes de la Alquimia en nuestra época. ¿Existen otros en Occidente? ¿Existen Sociedades Herméticas? Esto es lo que no podemos decir.

Sin embargo, puedo hablar de una aventura enteramente personal, que me ocurrió hace casi dos años.

[27] Albert Poisson publicó hacia 1890 un excelente estudio titulado *Cinq traités d'Alchimie*, con muchos grabados.

CAPITULO XV

UN ALQUIMISTA PRÁCTICO

En esa época yo realizaba un trabajo que todavía permanece inconcluso. Trataba de reducir todos los términos alquímicos a sus equivalentes de la química contemporánea. La tarea era fácil con algunos de ellos, y dificultosa con otros. Cuando la mera teoría no me bastaba, entonces apelaba a la experiencia. Fue por eso que, cuando estaba sublimando una mezcla de nitrato de potasio y mercurio, mediante el procedimiento alquímico, observé que se produjeron tres sales de diferente aspecto físico, aunque de idéntica composición química. Estas tres sales eran las indicadas claramente por los alquimistas, sin que los químicos las mencionaran para nada. Esto mismo fue lo que me había impulsado a intentar la experiencia.

Todo trabajo ocultista despierta y repercute en un nivel de ideas que guarda una correspondencia exacta en los tres mundos. Tampoco me asombré cuando inopinadamente recibí la visita de un hombre de unos cuarenta años, bien vestido, quien me confesó que se ocupaba de la Piedra Filosofal hacía diez años.

Aducía haber hallado la dirección del fuego astral y dedicarse a mostrar su acción a la persona que pudiera, no para que le adelantara dinero, pues no lo quería, sino para que le alquilara una casita por un año. La persona que eso hiciera seguiría siendo propietario de esa casita. Eso le permitiría concluir cómodamente su trabajo.

Puesto que "mis aposentos" están constituidos por una habitación situada cerca del cielo, y todo lo que puedo ganar lo consagro a difundir el Ocultismo, me era imposible adelantar los mil doscientos francos necesarios para satisfacer el sueño de aquel alquimista. Por ello, le llevé a ver a diversos ocultistas ricos, pero éstos no quisieron arriesgar esa suma. Yo habría hecho cualquier cosa por ver la prometida experiencia, pues ésta era la condición *sine qua non* de la entrega del dinero.

Para recompensar mis esfuerzos, el alquimista, me regaló una botella que contenía una sustancia blanca, de olor muy penetrante y dotada de curiosas propiedades físicas.

Esta sustancia es tan higrométrica que una porcioncita puesta sobre el agua se agita de inmediato violentamente, recordando un poco al sodio, pero sin inflamarse jamás. Todavía no he tenido tiempo para analizar esta materia que, según pienso, es de origen orgánico.

Desde entonces, el alquimista de quien hablo continúa sus trabajos. Vive en Winterthur, en la Suiza de habla alemana, y se llama H. Etter. Es un hombre muy serio y sumamente erudito en Ocultismo. Si algunos de mis lectores visita ese lugar, puede ir a ver las experiencias de este "filósofo del fuego".

Es el único alquimista práctico a quien yo conozco, además de una Asociación situada en los alrededores de Gortiz, en Austria.

Hice ese descubrimiento hacia la misma época de un zapatero, portero en un callejón de Menilmontant, quien poseía la más completa biblioteca sobre Alquimia que yo jamás había visto. Muy afecto a sus estudios, el zapatero al que me refiero, socialista de la escuela de Fourier y de Torreil, durante cuarenta años había estado comprando esos libros, uno tras otro, a revendedores de curiosidades. Entre otras obras raras, tenía manuscritos herméticos de gran valor. En la actualidad se vio obligado a vender casi todos sus tesoros. Había leído y tomado nota de todo, y era muy erudito en Ocultismo como para ser un interlocutor del Venerable Maestro el día de su Iniciación. Sin embargo, nunca había intentado practicar la Alquimia.

Nuestra monografía no sería completa si concluyéramos sin indicar, por lo menos, los libros más útiles para quienes quieran llegar más lejos en estos curiosos estudios. Esto es lo que intentaremos hacer.

CAPITULO XVI

CÓMO ESTUDIAR ALQUIMIA, Y CONCLUSIÓN

Aconsejamos leer íntegramente, en primer término, La Alquimia y los Alquimistas, de Figuier. Aunque el autor se erija en adversario enconado de la Filosofía Hermética, su libro está muy bien escrito y, salvo algunos errores de poca monta, merece ser considerado seriamente. Sobre todo, es notable la parte histórica, y su lectura permite demostrar, categórica y evidentemente, la existencia de la Piedra Filosofal. Por lo tanto, Figuier debe ser estudiado por la parte histórica que su obra contiene.

Es entonces cuando se podrá leer la obra de un alquimista de verdad, y tomar conocimiento de este estilo extraño y figurado. Aconsejamos vivamente estudiar, desde este punto de vista, la obra de Cyliani, a quien ya citamos en los Capítulos IX, X y XI. Se observará que, incluso en el siglo XIX, el lenguaje simbólico todavía se usa, a pesar de la química contemporánea. También se podrá tener en cuenta lo que aquel alquimista relata sobre sus cuarenta años de sufrimientos e investigaciones, y cuán difícil fue la labor que él emprendió. Este texto es rarísimo, y tal vez se halle en la Biblioteca Nacional de París.

Finalmente, la instrucción elemental se completará si se lee la *Historia de la Filosofía Hermética* (*Histoire de la Philosophie Hermétique*), de Langlet du Fresnoy, y los autores reproducidos en los dos tomos de la *Biblioteca de Filósofos Químicos* (*Bibliothéque des Philosophes Chimiques*), de Salmon (1667-1736). Es una obra póstuma, publicada en 1753.

Puesto que existen más de tres mil textos sobre Alquimia, creemos que debemos limitarnos a dar los más importantes. Quienes quieran llegar a ser alquimistas prácticos (y los compadezco muchísimo), deberán tomar conocimiento de todos los maestros, sobre todo de las obras de Abu Abadía Jabir ibn Hayyan *Geher* (siglo VIII), Raimundo *Lulio* (1235-1315), Basil *Valentine* (o Basilius Valentinus, o Basilio Valentín, siglo XV), *Paracelso* (Aureolus Theophrastus o Philippus Theophrastus Bombastus von Hohenheim, 1493-1541), y Jean Baptiste van *Helmont* (1577-1644).[28]

[28] Ver Bibliografía en castellano.

CONCLUSIÓN

Hemos llegado al final de nuestro trabajo y esperamos haber alcanzado el objetivo que perseguíamos: *Demostrar que la Piedra filosofal no es solamente posible, sino que existe y ha dado pruebas irrefutables de su existencia.*

A los lectores serios, carentes de partidismo y preconceptos, les rogamos que estudien bien lo que afirmamos, verifiquen su autenticidad en los *libros originales* (lo cual es fácil, en la Biblioteca Nacional de París), y se cercioren de sí allí hay *pruebas irrefutables* o solamente simples conjeturas, despojadas de todo fundamento sólido. El amor por la verdad es lo único que nos indujo a defender a los alquimistas, a estos filósofos humildes, a quienes se conoce muy poco y se calumnia demasiado. Ojalá indujéramos a algún investigador más instruido por nosotros a desarrollar y ampliar esta clase tan particular de estudios.

Además, asistimos a un verdadero renacimiento de la antigüedad. Los tan curiosos fenómenos de la sugestión vienen a destruir apropiadamente las conclusiones apresuradas, y es posible que, en el siglo XX, se constituyan finalmente la SÍNTESIS y la alianza de la *física positivista* de Occidente con la *metafísica idealista* de Oriente. Ojalá esté cercano el día en el que todas las filosofías reingresen en la Unidad de una misma CIENCIA, todos los cultos se reincorporen en la *Unidad* de una misma FE, y *la ciencia y la Fe* den nacimiento, mediante su alianza, a ¡la síntesis de una sola VERDAD!

SUCINTA INFORMACION SOBRE ALQUIMISTAS Y ESTUDIOSOS MENCIONADOS EN ESTA OBRA

ASHMOLE, Elias.

Alquimista, astrólogo y anticuario. Nació el 23 de mayo de 1617; murió el 18 de mayo de 1692. Principales obras: *Theatrum Chemicum Britannicum* (Cornhill, 1652; *Memoirs* (publicada en Londres, en 1717). Además, fue el editor de *Fasciculus Chemicus*, de Arthur Dee (1650), y *The ways of bliss*, de autor anónimo (1858).

BERTHELOT, Marcelin Pierre Eugène.

Químico y político francés. Nació en París, el 29 de octubre de 1827; murió allí el 18 de marzo de 1907. Destacado investigador especializado en química orgánica y termoquímica. Traductor de textos alquímicos griegos, sirios y árabes. Principales obras: Les *origines de l'alchimie* (1885); *Collection des anciens alchimistes grecs* (1867-1888); e *Introduction à l'étude de la chimie des anciens et du Moyen Age* (1893).

BERIGARD (o BEAUREGARD), Claude Guillermet de.

Alquimista y filósofo francés. Nació en Moulins, c. 1578; murió en Papua en 1664. Principales Obras: *Dubitaciones in dialogum Galilei pro terrae immobilitate* (Florencia, 1632) y *Circulus Pisanus* (Udine, 1643).

CAMBREL, Louis Paul François.

Alquimista francés. Nació en La Tour de France el 8 de noviembre de 1784 ; murió en París, c. 1850. Obra principal: *Tours de la philosophie hermétique* (1843).

CYLIANI.

Alquimista francés cuya identidad no ha sido determinada hasta hoy: se le atribuye el descubrimiento de la Piedra Filosofal después de muchos años de labor. Obra: *Hermès dévoilé* (1832).

DAVIDSON, Peter.

Hermetista estadounidense. Primer Gran Maestre de la Hermetic Brotherhood of Luxor. Obra: *The book of light and life* (1892).

DELAAGE, Henri.

Hermetista francés. Nació en 1825; murió en 1882. Principales obras: *Initiation aux mystères du magnetisme* (1847); *Doctrines des sociétés secrétes* (1852); *Le monde occulte* (1856); y *La science du vrai* (1882).

DIGBY, Sir Kenelm.

Marino, diplomático y filósofo británico. Nació en Londres el 11 de julio de 1603; murió allí el 1° de junio de 1665. Obras principales: *Of Bodies* (1644); *Of the immortality of man's soul* (1644); *Of the sympathetic powder. A discourse in a solemn assembly at Montpellier, made in French by Sir Kenelm Digby Knight* (tanto la version francesa como la inglesa fueron publicadas en 1658).

ENCAUSSE, Philippe.

Médico y hermetista francés, hijo de Gérard Encausse (Papus). Obras principales: *Papus, sa vie, son œuvre* (1932); *Sciences occultes ou 25 années d'occutisme occidental* (1949); y *Sciences ocultes et déséquilibre mental* (1955).

FIGUIER, Guillaume Louis.

Químico y hermetista francés. Nació en 1819; murió en 1894. Obras principales: *L'alchimie et les alchimistes* (1854); *Le lendemain de la mort ou la vie future selon la science* (1872); y *Bonheurs d'outre-tombe* (1892).

FLAMEL, Nicolás.

Alquimista francés. Nació en París o Pontois c. 1330; murió en París en 1448. Principales obras: *Explication des figures hiéroglyphiques mises par noi Nicolas Flamel, écrivain, dans le cimetière des Innocents* (1624); *Codex Germanicus* (1350); *Le trésor de philosophie* y *Somnaire Philosophique* (*Transformation metallique*).

GEBER, Abu Abdallah Jabir bu Hayyan.

Alquimista árabe del siglo VIII. Obras principales (atribuidas a Geber): *Summa perfectionis magisterii*; *De investigatione perfectionis*; *De inventione veritati*; *Liber formacium*; *Testamentum Geberi Regis Indiae* (*De Salibus animalium, piscium, volatilium, vegetabilium, et aliorum*); y *Liber de Septuaginta.*

HELVETIUS, seudónimo de Johann Frederick Schweitzer.

Médico y alquimista. Nació en Alemania en 1625; murió en Hravenhage, Holanda, en 1709. Obras principales: *De alchymica complura veterum philosophorum* (1644); *Mors morborum; Microscopium phisyiognomiae* (1664); y *Vitulus Aureus* (1667).

LEIBNIZ, Gottfried Wilhem.

Filósofo y matemático alemán. Nació en Leipzig el 1° de julio de 1646; murió en Hannover el 14 de noviembre de 1716. Principales obras: *De arte combinatoria; Nova methodus docendi discendique juris; Confessio naturae contra theistas; Hipótesis physica nova*; y *Monadologia.*

LEVI, Eliphas. Seudónimo de Alphonse Louis Constant.

Hermetista francés. Nació el 6 de febrero de 1810 en París, murió allí el 31 de mayo de 1875. Principales obras: *Historia de la Magia; Dogma y Ritual de Alta Magia; El Libro de los Esplendores; El Gran Arcano del Ocultismo Revelado; Las Claves de los Grandes Misterios; Claves Mágicas y Clavículas de Salomón; Paradojas de la Ciencia Suprema; La Magia Ritual del Sanctum regnum, interpretada con los Triunfos del Tarot*; y *Leyenda y simbolismo.*

LULIO, Raimundo. También conocido como Ramón Lull o Llull.

Místico y filósofo; no se lo debe confundir con Raimundus Lillius, hermetista hebreo del siglo XV. Obra principal: *Ars Magna.* Se le

atribuyeron, sin fundamento: *Testamentum; Codicillos seu Testamentum novissimum*; y *Experimenta.*

PARACELSO. Seudónimo de Aureolus Theophrastrus o Philippus Theophrastus Bonbastus von Hohenheim.

Médico, alquimista y hermetista, fundador de la medicina experimental. Nació el 17 de diciembre de 1493 en Einsiedein, Suiza; murió el 24 de setiembre de 1541 en Salzburgo. Obras principales: *Opera Omnia* (Basilea, 1589); Estrasburgo 1616-1618, Ginebra, 1658)

PHILIPPE, Nizier Anthelme.

Hermetista francés, dedicado a la sanación, a quien se conoció como Maître Phillipe. Gozó del favor popular, e incluso del de los soberanos de Rusia. Para sus prácticas se valió de procedimientos nigrománticos, cartománticos, hipnóticos y otros. Nació en Loisieux, Saboya, el 25 de abril de 1849; murió el 2 de agosto de 1905 en Arbresle. No dejó obra escrita.

RAGON, Joseph Marie.

Escritor francés, coleccionista y estudioso de textos herméticos y masónicos. Nació el 25 de febrero de 1781 en Bray-sur-Seine; murió en 1862, en París. Principales obras: *Curso filosófico de las iniciaciones antiguas y modernas*; *La Misa y sus misterios comparados con el mito solar de los Misterios Antiguos*; *Ortodoxia masónica*; *Manual completo de la Masonería de Adopción*; Historia *del desarrollo y de la marcha de la Gran Iniciación desde la antigüedad más remota*; y *La Masonería oculta y la Iniciación hermética*.

ROCHAS, Conde Albert de.

Investigador metapsíquica francés, cuyos estudios sobre fenómenos hipnóticos y regresión de la memoria alcanzaron notoriedad. Nació en 1837; murió en 1914. Principales obras: *La science des philosophes et l'art des thaumaturges dans l'antiguité*; *La science dans l'antiquité, les origines de la science et ses premières applications*: *Les forces non définies, recherches historiques et expérimentales*: *Le fluide des magnétiseurs*; *Les effluves odiques*; *Les états profonds de l'hypnose*; *Les états superficiels de l'hypnose*; *L'envoutement*; *L'extériorisation de la sensibilité*; *L'exteriorisation de la notricité*; *La levitation*; *Les sentiments, la musique et le geste*; *Les frontières de la science*; y *La suspension de la vie.*

SALMON.

Cabalista francés de quien, hasta ahora, no es posible obtener antecedentes biográficos. Nació en 1667; murió en 1736. Principales obras: *Le livre des Conciles* y *Bibliotèque des philosophes chimiques*.

SPINOZA, Baruch.

Filósofo holandés. Nació en Amsterdam el 24 de noviembre de 1632; murió allí el 21 de febrero de 1677. Principales obras: *De Deo et homine* (1660); *Renati Descarti principiorum philosophiae more geometrico demonstrata* (1663); *Tractatus theologico-politicus* (1670); y *Ethica* (1675).

TIFFEREAU, Théodore.

Alquimista francés. Según "Quién fue y Quién es en Ocultismo", de Dalmor, presentó memorias de sus experiencias a la Académie des Sciences. Entre 1860 y 1890, publicó varios libros sobre temas alquímicos, en uno de los cuales, editado por Chacomac, de París, en 1889, relata cómo, después de un largo estudio minero en México y tras muchas experiencias logró obtener trazas de oro en diversos compuestos argentíferos.

VALENTINE, Basil (o Basilius Valentinus).

Filósofo y alquimista alemán del siglo XV. Misterioso personaje cuya identidad no resulta clara hasta el presente. Dícese de él que descubrió el bismuto y el antimonio, y que los textos que se le atribuyen corresponden a una recopilación de autores anónimos.

VAN HELMONT, François-Mercury.

Alquimista belga, hijo de Jean Baptiste Van Hemont. Nació en 1618, en Vilvorde; murió en 1699, en Berlín. Principales obras: *Cabbalah denudata* (1677) y *Opuscula philosophica* (1699).

VAN HELMONT, Jean Baptiste.

Químico, médico y filósofo belga, contrario a la escolástica, descubridor del jugo gástrico, a quien se le atribuye la invención de la palabra "gas". Nació en Bruselas, en 1577; murió en Vilvorde, el 30 de diciembre de 1644. Principales obras: *De magnetica vulnerum naturali et legitima curatione* (1621); *Tractatus de flatibus*; *Doctrina inaudita* (1624); *Ortus medicinae*, id est, *inicia inaudita progressus novas in morborum ultione ad vital longam* (1648).

ZACHAIRE, Denis.

Alquimista francés. Nació en 1510 en Guyena; murió en fecha incierta, en Alemania. Principales obras: *Opuscule de la philosophie naturelle des métaux* (Amberes, 1567) y *Autobiographie* (varias veces editada entre 1583 y 1740).

BIBLIOGRAFIA SOBRE ALQUIMIA EN CASTELLANO

(Esta lista no es exhaustiva sino meramente orientadora. Recomendamos muy especialmente la lectura de la obra titulada *Quién fue y quién es en Ocultismo*, de E. R Dalmor, publicada por Editorial Kier S.A. El lector podrá encontrar allí valiosísimos comentarios sobre personajes que se destacaron por su labor en el campo de la Alquimia. Asimismo, podrá documentarse acerca de la enorme cantidad existente de textos especializados pertenecientes a distintos autores, no traducidos aún a nuestro idioma).

ALGORA CORBI, Manuel. "La Tabla Redonda de los Alquimistas". 1ª. Edición, Luis Cárcamo editor, Colección Crisopeya, Madrid. 1980.

ALONSO FERNANDEZ CHECA, J. Felipe. "Diccionario de Alquimia, Cábala y Simbología", 1ª. Edición, Trigo Ediciones, San Fernando de Henares (Madrid), 1995.

ANDREAE, Johann Valentín, "Las Bodas Químicas de Christian Rosenkreutz". Estudios y comentarios de Rudolf Steiner. 1ª. Edición, Edicomunicación S.A., Barcelona, 1991.

ANONIMO. "Siete Textos de Alquimia" Colección Miscelánea. 4ª. Edición, Editorial Kier S.A. Buenos Aires, 1994.

ATIENZA, Juan G. "Los Saberes Alquímicos" Diccionario de pensadores, símbolos y principios. 1ª. Edición, Ediciones Temas de Hoy, Colección Enciclopedias del Tercer Milenio, Madrid, 1995.

BARBAULT, Armand. "El Oro de la Milésima Mañana", 1ª. Edición, Editorial Sirio, Málaga, 1986.

BERTRAND, José Antonio. "La Alquimia en El Bosco, Durero y otros pintores del Renacimiento", 1ª. Edición, del autor. Barcelona, 1989.

BLAISE de VICENERE. "Tratado del Fuego y de la Sal", 1ª. Edición, Ediciones Índigo, Barcelona, 1992.

BURCKHARDT, Titus. "Alquimia", 1ª. Edición, Plaza y Janés, Barcelona, 1971.

COSMOPOLITA, El. "Los Doce Tratados o el Cosmopolita, con el Diálogo del Mercurio y del Alquimista", 1ª. Edición, J. Fonfría (Librería-Editorial), Madrid, 1995.

d'ESPAGNET, Jean. "La Obra Secreta de la Filosofía de Hermes. Texto anónimo: El Niño Hermafrodita y de Huginus à Barmâ: El reino de Saturno" 1ª. Edición, Colección Archivo Hermético, Ediciones Índigo Casanova, Barcelona, 1995.

D'ESPAGNET, Jean. "La filosofía Natural restituida (Enchyridion Physicae Restitutae)", 1ª. Edición, Colección Biblioteca Esotérica, Muñoz Moya y Montraventa editores. Cerdanyola del Vallés (Barcelona), 1986.

ELIADE, Mircea. "Herreros y alquimistas", 1ª. Edición, Taurus, Madrid, 1959.

FEDERMANN, Reinhard. "La alquimia", 1ª. Edición, Bruguera, Barcelona, 1972.

FLAMEL, Nicolás. "El Libro de las Figuras Jeroglíficas", Ediciones Obelisco, Barcelona-Buenos Aires, 1981 y 1986.

FRANZ, Marie-Louise von. "Introducción al Simbolismo", 1ª. Edición, Editorial Luciérnaga, Verdaguer (Barcelona), 1991.

FULCANELLI "Las moradas filosofales", 1ª. Edición, Plaza y Janes, Barcelona, 1969.

FULCENELLI "El misterio de las catedrales", 1ª. Edición, Plaza y Janés, Barcelona, 1975.

GOLLAN (h.), Josué. "La Alquimia" Editorial Castellvi, Santa Fe, Argentina, 1963.

HOLMYARD, E. J. "La prodigiosa historia de la alquimia", 1ª. Edición, Guardiana, Madrid, 1970.

HUTIN, S. "La Alquimia" Eudeba, Buenos Aires, 1963.

INGALESE, R. y VOLPIERRE, D. L. "Alquimia" 1ª. Edición, Editorial Sirio, Málaga, 1986.

JUNG, Carl G. "Psicología y Alquimia" 1ª. Edición, Santiago Rueda, Buenos Aires, 1957.

LIZONDO FERNANDEZ "La magia de la alquimia", 1ª. Edición, Barcelona, 1972.

MARTINEZ, Noemí Hebe. "Alquimia" 1ª. Edición, Corregidor, Buenos Aires, 1993.

MOREL, Héctor V. "Mudras, Símbolos, Nombres, Enigmas" Capítulo titulado "Enigmas II: Fulcanelli", 1ª. Edición, Editorial Kier, 1996.

NORTON, Thomas. "El libro ritual de Alquimia", 1ª. Edición, Editorial Humanitas, Barberá del Vallés (Barcelona), 1991.

PARACELSO "Catecismo Alquímico", 1ª. Edición, Edicomunicación S.A., Barcelona, 1993.

PERRY, H. C, "La alquimia" Mundi, Buenos Aires, 1963.

RAFAEL "La Triple Via del Fuego", 1ª. Edición, Muñoz Moya y Montraveta editores, brenes (Sevilla), 1992.

READ, J. "Por la alquimia a la química", 1ª. Edición, Aguilar, Madrid, 1960.

ROGER, Bernard. "Los enigmas Secretos de la Alquimia. La vía secreta para el conocimiento interior de las cosas". 1ª. Edición, Susaeta ediciones, Girona, España, s.f.

SADOUL, Jacques. "El gran arte de la alquimia", 1ª. Edición, Plaza y Janés, Barcelona, 1975.

SADOUL, Jacques. "El tesoro de los alquimistas", id. ant.

SHERWOOD TAYLOR, F. "Los alquimistas, fundadores de la química moderna", 1ª. Edición, Editorial Fondo de cultura Económica, México, 1957.

STOLCIUS, Daniel. "Viridarium Chyicum", 1ª. Edición, Muñoz Moya y Montraveta editores. Cerdanyola del Vallés (Barcelona), 1986.

TREVISANO, Bernardo. "Tratado de la Naturaleza del Huevo de los Filósofos", Texto bilingüe, 1ª. Edición, Muñoz Moya y Montraveta editores. Brenes (Sevilla), 1990.

VAZQUEZ ALONSO, Mariano. "El universo de la Alquimia", 1ª. Edición, Ediciones 29, Barcelona, 1995.

ZLIEGER, Gilette. "Nicolás Flamel, el fabricante de oro". Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1976.

ANEXO

LOS VERSOS DORADOS DE PITÁGORAS

Según la versión de *Antoine Fabre d'Olivet* (1768-1825), la cual data del año 1813

PREPARACIÓN

Rinde el culto consagrado a los Dioses inmortales;
Conserva tu fe; reverencia la memoria
De los Héroes bienhechores y los Espíritus semi-Dioses.

PURIFICACIÓN

Sé buen hijo, hermano justo, esposo tierno y buen padre.
Escoge por amigo tuyo a quien sea amigo de la virtud;
Acoge sus dulces consejos, intrúyete con su vida,
Y jamás le abandones por un ligero agravio
Si puedes hacerlo; pues una ley severa
Liga la Autoridad con la Necesidad.
Por ello, estás habilitado para combatir y vencer
A tus locas pasiones, aprende a dominarlas.
Sé sobrio, dinámico y casto; evita la ira.
Ni en público ni en privado, jamás permitas
Nada malo; y, sobre todo, respétate.
No hables ni actúes sin haber reflexionado.
Sé justo. Recuerda que un poder invencible
Ordena morir; que los bienes y honores
Fácilmente adquiridos, son fáciles de perder.
Y en cuanto a los males que el Destino conlleva,
Júzgalos por lo que son; sopórtalos, y procura,
En lo que puedas, suavizar sus rasgos;
Los Dioses, por demás crueles, no han librado a los sabios.
La Verdad es, como el Error, para sus amantes:
El filósofo aprueba o censura con prudencia;
Y, si el Error triunfa, aquél se aleja y espera.
Escucha mis palabras y grábalas en tu corazón:
Cierra tus ojos y oídos a la prevención;
Recela del ejemplo ajeno; piensa por ti mismo;
Consulta, delibera y elige libremente.
Deja que los locos actúen sin objeto ni motivo.
Tú debes, ahora, contemplar el porvenir.
No pretendas hacer lo que no sabes.
Instrúyete: el tiempo y la constancia todo lo deparan.
Vigila tu salud: dispensa, con mesura.

Alimentos al cuerpo y reposo al espíritu.
Evita los cuidados demasiados o escasos, pues el deseo
Se aferra por igual a uno u otro exceso.
El lujo y la avaricia tienen parecidas consecuencias.
En todo hay que elegir un término medio, justo y bueno.

PERFECCIÓN

Ojalá que el sol jamás cierre tus párpados
Sin que te preguntes: ¿Qué omití? ¿Qué hice?
Si obraste mal, abstente; si obraste bien, persevera.
Media sobre mis consejos; ámalos; hazlos tuyos.
Ellos te conducirán hacia las virtudes divinas.
Lo juro por quien grabó en nuestros corazones
La Tétrada Sagrada, símbolo inmenso y puro,
Fuente de la Naturaleza, y modelo de los Dioses.
Sin embargo, que ante todo tu alma, fiel a su deber,
Invoque con fervor a estos Dioses cuyo auxilio
Es el único capaz de consumar las obras que iniciaste.
Que ellos te instruyan; entonces, nada te inducirá a error.
Sondearás la esencia de seres diferentes;
Conocerás el principio y el fin de Todo.
Si el Cielo lo quiere, sabrás que la Naturaleza,
Semejante a todo, es la misma por doquier;
De modo que, en conocimiento de tus verdaderos derechos,
Tu corazón no se alimentará más con deseos vanos.
Verás que los males que devoran a los humanos
Son el fruto que ellos eligieron; y que esos desdichados
Buscan lejos de sí los bienes de cuya fuente son portadores.
Poco saben sobre ser felices; juguetes de las pasiones
Sacudidos, alternadamente por olas contrarias,
En un mar sin ribera, enceguecidos, van a los tumbos
Sin poder resistir ni ceder a la tempestad.
¡Dios, los salvarías quitándoles las vendas de sus ojos!
Sin embargo, no es así: corresponde a los humanos, cuya raza
Es divina, distinguir el Error y ver la Verdad.
La naturaleza es su servidora. Hombre sabio, hombre feliz.
Respira en el puerto en el cual ingresaste.
Más observa mis leyes, absteniéndote de cosas
Que tu alma debe temer, distinguiéndolas bien;
Dejando que la inteligencia reine sobre el cuerpo
A fin de que, elevándote en el Éter resplandeciente,
Seas tú mismo un Dios en el seno de los Inmortales.